

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1927 Sábado 10 de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Voluntades truncas*, por José Vasconcelos.—*Compañeros*, por Rubén Coto.—*Dos cartas* de Concha Espina.—*Servidumbre contractual*, por Camilo Barcia Trelles.—*Contrarréplica*, por Samuel Glusberg.—*Mi Don Francisco Giner (3)*, por J. Pijoán.—*El cariño y el amor*, por Francisco Grandmontagne.—*El humorismo de Julio Camba*, por Federico de Onís.—*No hay diferencias esenciales*, por Dora Mayer de Zulen.—*Paz*, por María Enriqueta.—*El senador King y Haití*, por Américo Lugo.

Voluntades truncas

Por
José Vasconcelos

EL principal defecto de nuestra raza es la inconstancia. Incapaces de perdurar en el esfuerzo no podemos por lo mismo desarrollar un plan ni llevar adelante un propósito. La embriaguez pasajera del entusiasmo nos ciega a menudo, nos pone a temblar unos instantes, pasa un vago sueño delante de nuestros ojos, una emoción que casi siempre remata en llanto y en seguida la aserción de que estamos dispuestos a morir. Como si eso no tuviéramos que hacerlo, queriéndolo o no! Pero alguien ha dado en la manía de que para morir se necesita valor, sin darse cuenta de que a la hora de morir todos morimos como las bestias: unas cuantas sacudidas, un estertor y después la escoria de un cuerpo sin alma. Todo el que sepa una palabra de valor reconocerá, en cambio, que es para la vida para lo que hace falta valor. El valor sirve para resistir la muerte si la muerte es una excusa que nos aparta del cumplimiento del deber. Delante del deber, la muerte puede ser deshonor. El que se mata o se deja matar por una mala causa o por dejar de cumplir un deber no alcanza la inmortalidad sino que consagra su deshonor.

Dejarse matar es un valor pasivo que implica renuncia de la propia misión y no es por lo mismo un valor sino una cobardía. Morir por una mala causa es tan necio, es tan cobarde, como el acto de suicidarse. Y hay otras maneras de pequeñas muertes, de pequeños suicidios, de pequeñas cobardías. Todas estas muertes pequeñas las consumamos cada vez que, tras una sacudida de entusiasmo, abandonamos la tarea que nos hemos impuesto o la tarea que hemos prometido cumplir.

En general hay que desconfiar de los entusiastas. Entusiasta es un adjetivo al cual le debemos más daños que a todo el resto del vocabulario de los calificativos. Con el noble vocablo entusiasmo se ha acostumbrado encubrir nuestro defecto nacional: buenos para comenzar y para prometer; malos para terminar y para cumplir. A dónde va a dar un pueblo que no reniegue oportunamente de semejante idiosincracia? No necesitamos ni preguntarlo; basta con abrir las páginas de nuestra historia nacional. Mucho «entusiasmo», mucha gritería epiléptica por las calles cuando los norteamericanos invadieron el territorio nacional en el 47, pero nada de concierto en

los planes, ninguna tenacidad en la defensa. Y en seguida se habló de morir. Y quizás no les quedó otro recurso a los hombres de vergüenza de aquel tiempo. Hubo muchos que prefirieron la muerte heroica a la vida sin honra. Pero, en cambio, los otros, los más, no supieron tomar de aquel sacrificio un ejemplo, lo siguen usando como una vanidad.

Porque cada vez que se habla del 47, no se recuerdan las bribonadas del santannismo que había estado cambiando de programas, para salvar a los hombres: recordamos la bella página de Chapultepec, pero cuidamos de no añadir que todos los pueblos dignos cuentan con páginas como la página heroica de Chapultepec y como la más reciente de los cadetes navales de Veracruz, cuando la ocupación americana del año 1914. Todos los pueblos libres han tenido que pagar su libertad con la sangre de unos pocos o de muchos elegidos; pero son raros los pueblos que no toman lección de sus fracasos. Es triste ver que un pueblo convierte en motivo de orgullo lo que es más bien una vergüenza nacional. Y la vergüenza del cuarenta y siete se la debemos a los hombres que traicionan los principios por salvar a los caudillos. En tiempo de Santa Anna no había principios, no había más que Santa Anna y Santa Anna era un día

conservador y otro liberal. Un día despojaba a la Iglesia y al otro se hacía tapar del palio. Todo porque entonces había, como hoy, hombres o seudo hombres que decían: húndanse los principios y que se salve la patria! La patria era Santa Anna.

Más tarde la vergüenza de Veracruz nos la trajo Victoriano Huerta, que todavía aprovechó la ocupación de nuestro territorio para reclutar tropas que batieran a sus enemigos personales. Entonces también se había dicho que Victoriano Huerta era la patria y por el otro lado, por el lado de la revolución, ya empezaba a tomar cuerpo la doctrina preconstitucionalista que había de corromper la revolución y la patria encarnándolas en una nueva dictadura.

Y todo porque es más fácil entregarse a una voluntad ajena que ejercitar todos los días la voluntad propia; todo porque es más fácil no tener plan que tener que desarrollar un plan. Todo porque es más fácil en un instante de entusiasmo gritar vivas a cualquier Santa Anna que disponerse a cumplir los deberes de la ciudadanía. Con cinismo de descastados cambiamos de repente la bandera misma de nuestro ideal. En vez de ejercer el valor como virtud, padecemos la psicología del público de toros: culto de la ferocidad y servil entusiasmo delante del arrojo de

un extraño. Falsificación de un valor que tiene más de aparato y de convención que de buena médula heroica.

Con criterio de plaza de toros resolvemos las cuestiones fundamentales de nuestro destino. Criterio que no rinde culto al valor sino al éxito. Servilismo de quien no hace otra cosa que aplaudir o silbar. Un servil holocausto persa delante del vencedor o una saña de caníbal, si el ídolo del instante no ha sabido simular un derroche de aquella falsa hombría que andamos buscando en el viento, en vez de desentrañarla de nuestro corazón.

Lo que caracteriza la voluntad es el acierto para ligar situaciones y actos de manera que concurran a un propósito superior a la misma acción. No es hombre de voluntad el que se lanza según el momento a cumplir un objetivo inmediato. El hombre de acción liga el presente con el pasado y en seguida obra con una visión que también toma en cuenta el porvenir. La voluntad es una estructura, no un chisporroteo; la acción no es oportunismo, la acción es arquitectura. La acción es constructora, por eso ha menester de conciencia para ligar el ayer con el hoy y el mañana.

Y a México le falta esa conciencia nacional que liga

el pasado con el presente. Sin memoria no hay conciencia. Un antropoide es casi tan inteligente como un hombre, pero el mono jamás acierta a ligar el pasado con el presente. Los hombres sin voluntad nunca saben lo que dijeron ayer, ni lo que ayer pensaban hacer, ni lo que harán mañana; están atentos al instante como los monos en la selva; por eso los hombres así, sin médula moral y sin credo inflexible, jamás construyen civilizaciones. Lo mismo pasa con los pueblos que están constantemente cambiando de credo político y de programa social.

Kipling relata en uno de sus maravillosos cuentos, un ensayo social de los monos. Se juntaron un día en un claro de la selva y empezaron a deliberar. Era necesario demostrar a los hombres que también ellos, los hermanos menores, los perseguidos, los despojados de sus selvas mismas, por el hombre dominador, eran, sin embargo, capaces de hacer lo mismo que el hombre. Ellos también fraccionarían la tierra para organizar la propiedad y se pondrían a la obra para levantar casas; establecerían una ciudad aprestándose a defenderla de la codicia y la crueldad de los hombres. Todo el día se deliberó en la selva, con gran elocuencia y no menor derroche de entusiasmo. Se señalaba

ron cargos y se designaron comisiones y se esbozaron proyectos. Sin duda, exclamaban los más convencidos, nosotros podremos hacer una ciudad todavía más extensa y más hermosa que las ciudades de los hombres. Les probaremos a los hombres que somos sus iguales... Lo somos, pero los hombres no han querido reconocernos esa igualdad. Mañana mismo empezaremos a construir y todos quedaron citados para el alba del día siguiente.

Y acudieron todos a la cita, pero ya que estuvieron reunidos comenzaron a hacerse saludos y unos a otros se ofrecían cocos recién bajados de las palmeras y otros, que de tanto observar a los hombres habían aprendido a fumar, se sentaron en cuclillas a la sombra poniéndose a chupar; otros más, retozaban bajo el sol y el mono más viejo se fue a refrescar los pies en el arroyo, pero ninguno de los monos se puso a trabajar; más raro todavía, ya ninguno de los monos volvió a hablar de la ciudad que iban a construir. Se habían olvidado de la ciudad y de sus planes. Como no tienen memoria, ninguno pudo recordar los proyectos del día anterior... En eso sonó en la selva un tiro y entonces los monos recordaron, de pronto, por un verdadero reflejo, más que

por una operación de memoria, la existencia de los hombres; se echaron a llorar y corrían en todos sentidos internándose en la selva... Y así es como los hombres, unos brutos con voluntad, han ido ocupando toda la selva. Desde que despiertan con el alba, los hombres ya saben cuál es el árbol que van a tirar; recuerdan dónde está el muro que dejaron inconcluso la víspera y porque así van ligando un instante con otro instante y un esfuerzo con otro esfuerzo, por eso desarrollan esos desplazamientos incontenibles de una especie que se impone a las otras y las extingue o las somete.

Y si detrás de cada imperialismo hay un plan y una voluntad que lo realiza, la única manera de combatir el imperialismo es elaborar un plan propio y seguirlo. No un plan oportunista que resuelva el problema de un hombre o de un grupo de hombres y de un instante, sino de un plan de crecimiento salvador, libre, consciente y vigoroso.

En la continuidad del esfuerzo es donde está el secreto de la voluntad y de sus éxitos. La acción no es chisporroteo sino disciplina encaminada a una constante superación.

JOSÉ VASCONCELOS

(*El Universal*, México).

Compañeros

Ala suave claridad de la luna de la madrugada, las reinas de la noche que perfuman el camino, hacen pensar en blancos pañuelos asomados en bolsillos de trajes verdes.

Va pasando cargada de leñas del monte, camino de la ciudad, una carreta olorosa a bosque y a río. Guía el hombre; a pocos pasos de la carreta sigue la mujer. Ya van para viejos; desde hace como diez años los cobija el mismo techo y comparten el pan. Se encontraron un día, no recuerdan cómo, se sintieron bien uno cerca del otro y ya no se separaron más, y si lo han intentado alguna vez se han vuelto a buscar con obstinación, no obstante la ferocidad de los encuentros hostiles que han determinado cada separación.

Trabajo duro es el de alistar una carretada de leña como aquella. Lo hacen entre ambos, casi por iguales partes: él manejando el hacha, ella acarreando el artículo hasta el cargadero, cualquiera que sea la distancia, e indistintamente cuidan de la yunta. A esta hora de la madrugada se siente un frío intenso, más bien cruel; no importa que haga frío, en el interior de la alforja oculta en la carreta va la media botella de aguardiente, cosa muy buena, puro contrabando.

Entre seis y siete habrán entrado en la ciudad. Una vez vendida la leña buscarán adonde tomar café; comprarán alguna que otra cosa en el mercado y ya de vacío podrán regresar tranquilamente, a paso lento; a ellos

nadie les espera, ni tienen por qué correr. No saben si, como en otras ocasiones, les irá a tentar el deseo de beber, ni si la tentación irá a ser mucha y si, como otros sábados, cuando despierten sea tirados en el suelo, el uno junto al otro, temblando con el frío de la madrugada, en el interior de la cárcel del pueblo, sin saber a punto fijo del paradero de la carreta y los bueyes.

RUBÉN COTO

San José, Costa Rica.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA
Apartado 973 - Habana, Cuba.
Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Literatura, democracia y derecho de defensa

Muy estimado Don Joaquín:

Concha Espina me envía algunos recortes referentes a la discusión acerca del Premio de Literatura otorgado a ella. Escojo éste para enviárselo a Ud. pues resulta muy interesante. ¡En la propia España, caballeresca y gentil, se trata así a una dama, que es ilustre ya, y que es gloria de las letras hispanas!

Me parece que dentro del espíritu superior del Repertorio viene bien la publicación de este recorte, revelador y sugestivo.—Afo. amigo,

ROGELIO SOTELA

Algunos antecedentes

Para que nuestros lectores conozcan el pleito a que se refieren las cartas de Concha Espina, damos algunos antecedentes.

Se instituyó hace poco el Premio Nacional de Literatura, con carácter oficial, para galardonar la mejor novela publicada que se presentase.

Formaban el Jurado D. Ricardo León, D. Eduardo Marquina y don Andrés Ovejero.

Se discutió mucho, según parece; fueron eliminados numerosos concursantes y quedaron tres—Concha Espina, Pérez de Ayala y Fernández Flórez—para el premio de 10,000 pesetas, en cuya adjudicación, como se ve, no ha podido inhibirse el Gobierno de manera más notoria. Hubo gran lucha, y al fin, sin unanimidad, se acordó proponer, según han dicho los periódicos, que el premio fuera dividido entre Concha Espina y Pérez de Ayala.

Y antes de que el Ministerio de Instrucción Pública resuelva, aprobando o modificando la propuesta, la democracia literaria ha emprendido una furiosa ofensiva contra la autora de *Agua de nieve*.

Al pleito se le ha querido dar carácter de escándalo literario, y ante él, Concha Espina, ha escrito las cartas que publicamos a continuación:

Pidiendo la inserción

Madrid, 27 de marzo de 1927.

Señor don Manuel Delgado Barreto,
director de *La Nación*.

Mi distinguido amigo: Contestando a un escrito lleno de insidias intolerables de D. Ricardo Baeza, publicado en *El Sol* del día 25, remití con la misma fecha una carta a dicho periódico, rogándole a su director que la publicase. Yo se lo pedía como una merced, aun suponiendo que el periódico estaba obligado a servirme por razones de hidalguía y compañerismo y aún por leyes de Imprenta, que no desisto de consultar.

Estaba segura de que *El Sol*, diario moderno por excelencia, de amplitud social, de ideales generosos y buena educación, no permitiría a un señor atacar de modo insolente la personalidad literaria y el de-

recho ajeno, sin consentir a una señora la respuesta, cuyo tono había dado el articulista.

Pero me equivoqué. Ni ayer ni hoy ha publicado *El Sol* mi carta urgente, suprimida por la censura del gran rotativo.

Y entre los periódicos de mañana acudo a *La Nación*, encomendándole una copia de la carta que *El Sol* no quiere publicar, y rogándole también la publicación de esta misma.

Con la gratitud de su amiga y compañera.

CONCHA ESPINA

Renuncia al premio

Madrid, 25 de marzo de 1927.

Señor D. Ricardo Baeza.

Distinguido escritor: No tengo la misera costumbre de ver mi nombre, tan señero y retraído, mal llevado en los papeles por la ruin cuestión de unas monedas que desprecio, aunque me hacen mucho falta: aludo a las del Premio Nacional de Literatura.

Ni me permitiré el atrevimiento, la suprema incorrección de analizar aquí el fallo que antes de hacerse público, antes de ser enteramente conocido, les trae a usted y a los suyos tan inquietos y

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Orienta
Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires Club en series a € 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Suscribase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

desaforados, y hasta les hace caer en el ridículo propósito de levantar una cruzada arrabalera para ejercer una presión acomodaticia sobre quien debe sancionar un acuerdo que yo, por mi parte, sólo conozco al través de los chismes periodísticos. Es la primera vez, por fortuna, que esto sucede en España, y todavía se lamenta usted de que no se vocifere más un asunto que lleva meses de públicos y gratuitos comentarios.

Esas y otras demasías concernientes a este «negocio» no son dignas de poetas ni de hombres, y, ni por soñación, de caballeros. Aún se ha dicho que me van a premiar por galantería. ¡Buenos están los tiempos para tales delicadezas!...

Yo no soy, por lo visto, de los que la verbosidad de usted, tan elocuente, denomina *uno de los nuestros*; no tengo valedores ni vivo del *toma y daca*, del *hoy por ti...*, etc; pero si usted me lo permite, formo parte de esa «desvalida minoría» a que usted se refiere con acentos condolidos en sus arbitrarias censuras al futuro resultado del Premio Nacional. Y no me podría nadie discutir el desvalimiento que usted mismo pregona, porque todo el mundo sabe que tengo la única renta de mi trabajo: este es mi orgullo, nada sonriente.

Usted se impacienta, sin duda, por decirme que nada tienen que ver mi situación económica ni mi condición femenina con la calidad de mis libros, ¿no es así?

Pues bien: no, señor; porque aquí no se trata de Arte, sino de pesetas. Y en esta crisis aguda de la virilidad literaria, cuando se solicitan pensiones de socorro para los dramaturgos más afortunados, cuando se piensa en regalar casas, por suscripción pública, a los autores más gananciosos, yo, mujer de la clase «desvalida», renuncio a las pesetas, que, según los temores de usted, se me conceden en el famoso Premio Nacional.

Mas no sin decirle antes, distinguido esclavista, que no reconozco sobre mí jerarquías literarias impuestas con la fácil holgura con que usted lo hace, y mi actitud es muy legítima, por *injusta y deprimente* que le parezca o usted para su indiscutible candidato.

No se trata, repito, de Literatura. Sería una farsa intolerable el pretender ahora una repentina estimación de honores, para los que siempre hubo, por parte de usted y los suyos, una mueca de ironía y desdén. Se trata de monedas, de la *pecunia*, como usted, idílicamente, escribe.

Con mi renuncia, que aprovecho esta ocasión para hacer pública, pretendo que se evite el mayor escándalo de este suceso vergonzoso, al que por ninguna razón me volveré a referir. Y en la rebatiña impúdica de los dineros, que no en otras lides más altas, queden usted y los suyos vencedores.

Enhorabuena.

CONCHA ESPINA.

(*La Nación*, Madrid).

NICARAGUA, PROTECTORADO YANQUI

Servidumbre contractual

Valladolid, 6 agosto de 1927.

Sr. don Joaquín García Monge,
Director de Repertorio Americano.
Apartado letra X
San José de Costa Rica.

Mi querido y admirado amigo: al regresar de la Haya, en cuyo Palacio de la Paz he explicado diez conferencias tendentes a exaltar el espíritu internacional y la idea de paz entre los pueblos, encuentro un ejemplar de su admirable revista, N.º 23, en el cual leo un interesante artículo, firmado por Salomón de la Selva. Lo que en el mismo se contiene ha incrementado el ya fuerte estupor que me producía el conocimiento de las demasías yanquis en Nicaragua. Atendiendo al requerimiento que se hace al final del mencionado artículo y creyendo así cumplir con un elemental deber de iberoamericano, consagré a ese artículo otro publicado en La Libertad de Madrid y que le incluyo. A ese trabajo ha de seguir otro que aparecerá en breve y que le remitiré igualmente. Todo cuanto se haga por denunciar los abusos de la plutocracia yanqui en Centro América, me parece poco. En Nicaragua se libra ahora una batalla cuyo desenlace puede ser mortal para Iberoamérica. Lo triste es que el Nuevo Mundo, al menos contemplado desde este viejo continente, produce la impresión de vivir en estado de absoluta e inexplicable insensibilidad.

Créame siempre como sincero admirador y leal amigo q. e. s. m.,

CAMILO BARCIA TRELLES

CUANDO se alude a la infortunada República de Nicaragua suele designársela con la denominación de *República de los hermanos Brown*. El apelativo es acusadamente simbólico; quiere darse a entender que Nicaragua constituye un verdadero feudo financiero para la omnipotente plutocracia de la Wall Street, finanza que ha conquistado en forma indiscutible el título de la desaprensión. Siempre superándose a sí misma, en cuanto hace relación a psicología leonina. Así se progresa en el camino del imperialismo financiero, imperialismo blanco, sinuoso, implacable, que se nutre a expensas de la independencia económico-política de Centro América, cada día más cercana a la metamorfosis epilodal: transformarse en una inmensa factoría norteamericana. Pero en ocasiones el imperialismo del dólar no basta; puede tropezar con resistencias, entorpecerse su acción, porque a la misma se oponen quienes, poseyendo un alto sentido del porvenir de Centro América, trabajan por su manumisión económi-

ca. Entonces se apela al empleo de fuerzas de desembarco. A pretexto de defender determinados intereses, la intervención se produce; se apoya decididamente al candidato compaginador, y una vez restaurados en el Poder los dictadores al dictado de la Wall Street, la actividad sojuzgadora prosigue. Tal ha sido el desenlace previsto en la lucha mantenida entre Díaz y el Dr. Sacasa: el epílogo era fácilmente anticipable. En Nicaragua no cristalizará movimiento político alguno que no sea grato a los prestamistas norteamericanos. Pueden decirnos algo sobre este particular los efectivos militares de Sandino, ametrallados por las tropas de desembarco yanquis. Este desenlace sangriento y doloroso ha provocado una común reacción de protesta en el nuevo mundo, y parece que los abusos realizados lograrán aunar fuerzas que parecían ignorarse mutuamente. No es, sin embargo, de esos hechos recientes y dolorosos de los que queremos hablar ahora; al fin y a la postre esas manifestaciones condenables no son más que la repercusión de algo mucho más grave que nos proponemos destacar.

Táctica de sojuzgamiento.—Páris bien vale una misa; los lagos de Nicaragua, base para la construcción de un planeado canal, bien valen unos empréstitos. Atendida a esa preocupación procedió Norteamérica pactando el tantas veces mencionado Tratado Bryan-Chamorro. Este pacto vulneraba derechos de otras Repúblicas americanas, ya que disponía del golfo de Fonseca, que no pertenecía en su totalidad a la República de Nicaragua. De poco sirvió demostrar que ese pacto violaba un precepto universalmente reconocido: *res inter alios acta*; dicho

Ejemplares disponibles

Los hay a la venta, y en la Administración del REPERTORIO, de las dos últimas obras de Rogelio Sotela:

El Libro de la Hermana ... € 1.50 (\$ 0.50
(Verso) oro americano para el exterior.

Crónicas del Centenario de Ayacucho € 2.50 (\$ 1.00
oro americano para el exterior)

Disponemos también de ejemplares de la obra recién editada de Jorge Zalamea:

El regreso de Eva. Ensayo de una farsa dramática.

A € 3.50 el ejemplar. Para el exterior: \$ 1.00 oro americano.

en otros términos, los Tratados internacionales no pueden afectar a derechos de naciones que en los mismos no han participado. De nada sirvió tampoco que a propósito del golfo de Fonseca se justificase ampliamente lo que después había de llamarse la doctrina Meléndez. Los Estados Unidos necesitaban un nuevo canal; el de Panamá no responde ya a las exigencias navales de Norteamérica; se necesitaba un canal con grandes bolsas lacustres interiores, donde las escuadras pudiesen maniobrar al abrigo de posibles sorpresas: el Tratado Bryan-Chamorro se impuso; al pactarlo, Nicaragua enajenaba en forma irremediable su independencia. Pero todas las garantías son pocas para un imperialismo insaciable; los capitalistas norteamericanos querían más. A tal fin, los empréstitos onerosos se multiplicaron. Nicaragua debía trabajar para la finanza norteamericana convirtiéndose en una colonia sin privilegios amortiguadores. Mas el sistema de los empréstitos se consideró demasiado oneroso, y entonces se acudió a otro procedimiento, el de los créditos, otorgados en forma draconiana. Para percatarse de ello basta con analizar un pacto recientemente concluido y que puede considerarse como ejemplar sin plural en la historia de las relaciones internacionales. El análisis de esa convención, recientemente pactada, arrojará mucha luz sobre el problema de Nicaragua. De ese convenio ha de hablarse ampliamente. Su lectura causa sonrojo. Queremos ahora reflejar [sus cláusulas esenciales, dejando para otra ocasión el deducir consecuencias del mismo. El contenido de ese pacto increíble, modelo de desaprensión, lo hemos conocido a través de un interesante artículo que al mismo consagra en *Repertorio Americano*, de Costa Rica, Salomón de la Selva. Una vez más el atrayente semanario, que con mano experta dirige el admirable Joaquín García Monge, cumple su noble misión, denunciándonos las impurezas americanas, obra del imperialismo yanqui.

Un pacto increíble.—Juzgamos un deber confesarlo; aun después de leer en letra impresa las estipulaciones del convenio que nos proponemos sintetizar ahora y criticar más tarde, nos resistimos a creer en la veracidad de lo leído; de tal modo es monstruosa esa convención. El 21 de marzo del año actual, entre el doctor Joaquín Cuadra Zabala, agente financiero del gobierno Díaz, y las entidades bancarias neoyorquinas Guaranty Trust & Company y J. and W. Seligman & Company, los banqueros mencionados conceden al Gobierno Díaz un «crédito» (no un empréstito) de un millón

de dólares; el crédito tendrá un año de duración; puede prorrogarse por seis meses, mas sólo en la mitad de su valor. En el pacto son de destacar dos mostruosidades que luchan infructuosamente por superarse: de un lado, el fin a que ese dinero se destina; de otro, las garantías ofrecidas a los prestamistas. Nicaragua, después de las recientes guerras civiles, precisa, con más urgencia que país alguno, pensar en su reconstitución, restaurar riquezas destruidas, intentar el encauzamiento del país. Sin duda esa actividad de restablecimiento debe ser poco grata a los que concedieron el crédito. Al parecer, Nicaragua, para ultimar su desarreglo necesita de más luchas, y por ello Díaz se apresta a prepararlas convenientemente. Para cerciorarse de la realidad de esa apreciación baste reproducir aquí de qué modo se especifica en el pacto el destino señalado a ese empréstito: primero, comprar provisiones para el ejército de Díaz; segundo, mantener y equipar ese ejército y, en su caso, licenciarlo; tercero, dedicarlo a otros usos que estime pertinentes una determinada Comisión. Esta Comisión omnipotente, está en manos de los yanquis; baste decir que se halla integrada por tres miembros: un miembro norteamericano de la alta Comisión, el gerente norteamericano del Banco Nacional de Nicaragua y el ministro de Hacienda de Managua.

La mostruosidad del convenio diríase que sube de punto cuando se analizan las garantías que se ofrecen. Son éstas las siguientes: primera, hipoteca sobre los nuevos impuestos creados por el decreto legislativo de 21 de enero de 1927; segunda, hipoteca sobre el 50% del superávit de la tesorería de Nicaragua; tercera, hipoteca sobre el 100% de los dividendos del ferrocarril del Pacífico; cuarta, hipoteca sobre el 100% de los dividendos del Banco Nacional; quinta, hipoteca sobre el capital íntegro del ferrocarril del Pacífico; sexta, hipoteca sobre el capital íntegro del Banco Nacional.

Tales son las cláusulas de ese pacto increíble, expuestas con toda su desnudez. Su monstruosidad se destacará aún más cuando en un próximo artículo analicemos convenientemente lo que esos compromisos representan para Nicaragua. Da mayor interés a este examen el hecho de que en 1928 han de celebrarse en Nicaragua elecciones presidenciales. Ya evidenciaremos de qué modo esos comicios próximos han de ser totalmente inútiles. En su desarrollo han de intervenir en forma decisiva los prestamistas de la Wall Street y su candidato triunfará irremediablemente.

CAMILO BARCIA TRELLES

(La Libertad, Madrid)

Contrarréplica

Por haber salido esta contrarréplica del Sr. Glusberg con algunas omisiones y erratas en el N.º 21 del tomo XIII, se reproduce en esta edición

Buenos Aires, octubre de 1926.

Señor don J. García Monge.

Mi estimado amigo:

Véz pasada le mandé una carta de Waldo Frank con aclaraciones a un concepto de Ramiro de Maeztu (1). Cumplo ahora con el deber de remitirle una breve contestación del señor de Maeztu, publicada también en *La Prensa* de Buenos Aires. Pero, me parece útil hacer notar a sus lectores cómo el señor de Maeztu, para procurarse una réplica fácil, no vacila en faltar a la verdad.

«Así—escribe el señor de Maeztu—Mr. Waldo Frank, con la mejor intención del mundo, me llama ensayista madrileño, lo que me parece error harto más grave que el suponer judío a Mr. Mencken».

Confieso no entender la ironía que el señor de Maeztu quiere hacer a sus colegas de Madrid. Pero recuerdo muy bien las palabras de Waldo Frank:

«Lo cierto es que mi amigo madrileño no se percató del fondo de nuestra rebelión contra el antiguo estado de cosas representado principalmente por nuestra antigua cultura de Nueva Inglaterra. El norteamericano era seguramente antiinglés, en los tiempos de Washington y Lincoln, pero nadie lo es ahora».

Cosa muy distinta, en general, y bastante concreta en lo que se refiere a una persona que se conoció en Madrid. (La carta en inglés que yo llevé a *La Prensa* decía «my friend of Madrid»).

Ahora bien, el señor de Maeztu prefiere que lo llamen ensayista vascongado «con sangre inglesa por las venas» (sic). Tiene razón. Pero no es un error de detalle atribuir a los judíos un movimiento antiinglés allá donde contribuyeron con los puritanos a formar el espíritu pioner que caracteriza a «Nuestra América». Por lo demás, una excepción—si la hay—confirma la regla.

Le ruego la publicación de estas líneas. En tanto quedo, amigo Gar-

(1) Véala el curioso lector en el número 22 del tomo 12 del REPERTORIO.

América

Revista mensual ilustrada, de Literatura, Artes y Ciencias.

Director:

ALFREDO MARTÍNEZ

Apartado N.º 75.
Quito-Ecuador, S. A.

cía Monge, a sus órdenes. Muy cordialmente,

SAMUEL GLUSBERG

S/c. Rivera Indarte, 1030.
Buenos Aires, Rep. Argentina.

P. S.—Revisando papeles, me encuentro con la carta de Mr. Waldo Frank a *La Prensa*, en que se rectifican algunas apreciaciones mías sobre el grupo de los intelectuales antipuritanos de los Estados Unidos. Es natural que en una visión panorámica de un país extranjero se deslicen errores de detalle. Así, Mr. Waldo Frank con la mejor intención del mundo, me llama ensayista madrileño, lo que me parece error harto más grave que el de suponer judío a Mr. Mencken. El director del *American Mercury* me parece ser uno de los ejemplares más característicos del «Zivilisationsliterat», que tiene tantas encarnaciones entre los escritores modernos de raza semítica. Pero creo que, desgraciadamente, sólo a un vascongado como yo, y con sangre inglesa por las venas, podría ocurrírsele, entre los españoles, considerar el puritanismo como el secreto de la prosperidad y de la fuerza de los Estados Unidos.

Mi experiencia de Inglaterra, Francia y Alemania me dice que cuando un español o un hispanoamericano va a alguno de esos países y se encuentra, de una parte con la mentalidad tradicional gobernante, y de la otra, con la del «Zivilisationsliterat», que es la de lo que llaman «lou parti countre» los aldeanos franceses del Sur, como también en los pueblos hispánicos tenemos nuestros «Zivilisationsliteraten», lo probable es que crea el compatriota nuestro, como suele creer en Nueva York, que sus ideas o las del *American Mercury*, *The Nation* o *The New Republic*, porque le parecen menos extrañas, son las normales del país, mientras que se figura que el puritanismo, el fundamentalismo, la ley seca, la moral de la Universidad, el Ku Klux Klan, el Instituto Rochefeller y los sistemas industriales que han eliminado el socialismo, no son sino idiosincrasias y particularidades norteamericanas que no tienen otra razón de ser que la de proporcionar a los extranjeros materia de burlas.

Pero como el «Zivilisationsliterat» ya lo tenemos en Madrid y en Buenos Aires, en tanto que lo que nos falta es el sentido puritano, que ha dado su fuerza a los pueblos de habla inglesa, me he creído en el deber de subrayar el carácter exótico del movimiento que acaudilla Mr. Mencken. Si lo he llamado antiinglés, no es por ocurrencia mía, sino porque esa es la palabra que emplea uno de sus jefes, Mr. Ludwing Lewissohn, en su libro *Up Stream*. Por lo demás, yo creo que, en el sentido que doy a la palabra inglés, siguiendo a Mr. Lewissohn, los Estados Unidos son más ingleses que Inglaterra, porque mientras Inglaterra es una transacción entre el puritano y el «cavalier», en los Estados Unidos, para fortuna suya, ha dominado siempre el puritano.

En la esperanza de que Mr. Waldo Frank sienta fortalecerse en su alma el deseo de reconciliarse con el puritano que parecía indicar el artículo suyo del último enero en el *Harper's Magazine*, pongo aquí punto final.

R. DE M.

Paris, agosto de 1926.

(De *La Prensa*
Buenos Aires)

Mi Don Francisco Giner

(1906 - 1910)

3.—Los domingos en el Pardo

ASEGURAN ahora que el paisaje de los alrededores de Madrid es el más interesante de España. Y en verdad en ninguna parte como allí, la meseta castellana es imponente en su aridez y sequedad. Pero es sólo en la dirección del Pardo y a lo largo del Manzanares donde se obtiene lo que podríamos llamar una *visión delectable*. Es todavía un paisaje eminentemente castellano, es el *monte*, donde pueden correr galgos y lebreles, sin cultivos ni huertas, sólo una que otra grande encina, manchando de sombra el suelo gris de la hierba seca. Así debía ser el paisaje de Castilla cuando los celtíberos desbarataban las legiones de Pompilio y de Mancino. Y así se comprende que será siempre el paisaje de esta parte de España, siempre que se la deje sola, abandonada a la mano de Dios. Crecerá aquí y allí algún árbol donde haya un hueco de tierra y mantillo, pero el granito berroqueño en la superficie, impedirá la formación de grandes prados y selvas espesas.

Varias veces se ha tratado de civilizar este valle del Manzanares, tan inmediato a la capital. A pocas leguas de Madrid, los Austrias edificaron el palacio del Pardo. Más tarde, en tiempos de las reinas napolitanas, se intentó vestir de jardines a la moda de Italia una parte del valle, pero el *monte* los invadió también, y en su dilapidación actual aparecen vencidos, y reconocen ya que es inútil luchar con el ambiente celtíbero que los rodea. Sin embargo, la principal belleza de este valle del Manzanares es la vista de la Sierra del Guadarrama que aparece en el fondo. Se distinguen en el aire transparente los rellanos de la montaña, también ennegrecidos por las encinas. En el invierno el contraste es mayor con la blancura de sus cumbres coronadas de nieve.

El Abuelo va al Pardo todos los domingos; habla ya de su fiesta en el campo dos o tres días antes. ¿Con quién irá esta semana? Generalmente Cossío sale más tarde; aprovecha la mañana de asueto y de inquietud en aquella casa-escuela, para escribir. Pero el Abuelo sale temprano con algún amigo o uno de sus discípulos que ha venido a buscarle.

La mañana la pasan solos. El discípulo se atreve al principio a exponerle en esta soledad sus más íntimas dudas y dificultades. El Abuelo reacciona tan dulcemente en aquel ancho horizonte abierto! Se para a escucharle a la sombra de una encina, y aún contesta con una explicación ideal, pero a menos de ser algo muy importante, su compañero pronto nota que el Abuelo está perdido en un éxtasis de asombro. Sus ojos miran algo lejano, que acaso no sea lo mismo que está viendo el discípulo abrumado. La conversación enmudece; el Abuelo exclama sólo de vez en cuando—Dios mío, Dios mío y qué indignos somos de esta terrenal belleza!... A veces se tiende en el suelo, levantando sólo la cabeza con las manos para mirar mejor; absorbe, diríase, con los ojos los colores del campo; huele la tierra; se adivina que percibe cantos en el rumor de las ramas de las encinas...

Esto puede durar horas, lo mejor de la mañana, a lo más interrumpido por un breve diálogo en esta forma:

Maestro.—Qué vergüenza encontrarse aquí de nuevo, después de toda la semana perdida entre cuidados vanos. Estos árboles han estado aquí cada día, desde el alba hasta la noche, y aún durante la noche misma, cantando la gloria de Dios, obedeciendo sus más ligeras indicaciones, moviéndose al menor soplo del viento... Y nosotros! qué hemos hecho, Dios mío, por ti esta semana?

Discípulo.—No nos dice V., Abuelo, a menudo, que las obras humanas son también parte de la creación? También nosotros hemos dado nuestra nota en el concierto del mundo.

Maestro.—Sí, sí! Si nuestras obras hubiesen sido verdaderamente humanas. Pero es que lo son? Es que V. y yo hemos abierto nuestro espíritu humanamente, derramando nuestras facultades como este árbol inclina su tronco y extiende sus ramas en todas direcciones creciendo como un árbol? Mire cómo agita sus hojas, moviéndolas una por una, todas tan vivas, tan perfectas! En la contemplación de un árbol podríamos pasar enteramente nuestra vida. Y qué enseñanzas! Qué humildad! Años y años ha pasado para crecer sano y gigante, y nosotros lo derribamos en un día a hachazos. Si nunca hubiésemos visto una encina como ésta, y nos la enseñaran como enseñan un elefante o un rinoceronte en un circo, con qué pasmo no nos maravilláramos de su belleza. Y aquí las vemos crecer tan juntas y nobles, día por día, tan compenetradas con el paisaje que las rodea y tan personales e independientes, cada una con su carácter propio.

Discípulo.—Pero careciendo de lo más precioso del universo que es la conciencia y la voluntad.

Maestro.—Y quién le dice a V. que la conciencia y la voluntad sean lo más precioso del universo? Y quién le asegura a V. que estos seres, por ser más humildes, no la tienen? Es que V., pigmeo, no cree que puede haber otras encarnaciones del espíritu, que las que conocemos con el calificativo de *hombre*? Por qué no puede pensar y querer esta encina, o hacer algo más espiritual todavía que el pensar y el querer?

Discípulo.—Pero acuérdesese V. que nosotros, orgánicamente por lo menos, somos lo más elevado en la escala de los seres. Por lo menos físicamente dominamos la creación.

Maestro.—Que duda hay que si fuéramos realmente hombres, obráramos y percibiríamos con más perfección que estos seres inferiores. Seríamos dioses o hijos de Dios. Qué estupendo misterio! Criaturas en continua relación con el criador, unidos con él por el amor, unificados con el todo, participando de la vida de todas las criaturas, seríamos parte de esta encina, y ella viviría en nosotros. Nuestros místicos distinguieron maravillosamente entre unión y unidad con Dios, y reconocieron esta última como posible aquí en la tierra. Y quien dice unidad con Dios, dice unidad substancial con el todo! Oh, hombre, cuán grande eres y cuán pequeño te haces! En verdad tienen razón en decir que el hombre es un ángel caído.

Discípulo.—Pero aún en nuestro estado de abyección, debemos ser superiores a los otros seres. Podemos, hasta en estado de pecado, comunicarnos con Dios por la oración. Qué piensa V., Abuelo, de este extraño fenómeno de la oración? Es una de las más universales experiencias de la humanidad! Desde el salvaje que ruega al fetiche, esperando su ayuda material, hasta el puritano que escucha la voz de Dios murmurando a su oído la concesión de una plegaria, todos parecen recibir lo que fervientemente han pedido a la personificación de la Divinidad que ellos adoran.

Maestro.—Los psicólogos le dirán a V. muchas cosas de la fuerza de la sugestión en el creyente, que sabe su éxito asegurado por la intervención de lo sobrenatural, que no ha de faltarle. Yo detesto estas ex-

plicaciones pseudo-científicas de fenómenos sobrenaturales, o mejor dicho naturales, pero fuera del radio de acción de nuestro conocimiento. Me ofende la idea de un Dios personal que atiende a escuchar las miserables súplicas de estas hormigas de la tierra. Pero me ofende más todavía, el oír negar la posibilidad de comunicación directa y cuasi tangible con la potencia activa del Cosmos que llamamos Dios, sólo para mejor entendernos.

Discípulo.—Pero es que concretamente V. afirma la eficacia de la oración?... Me será permitido preguntarle a V. si ruega V. pidiendo cosas concretas?...

Maestro.—Y qué es lo que estamos haciendo ahora sino rogar? No pedimos con todo fervor luz, conocimiento, y amor? No los sentimos llegar como presentes de la Divinidad que no nos merecemos y que recibimos como un don gratuito. Como esta vida misma — quién nos la ha dado? Quién nos la mantiene, tan complicada y magnífica?

El sol ha llegado al zenit, el maestro y el discípulo comen del paquetito donde cada uno ha llevado su frugal almuerzo. Un perro roñoso, perdido del campo se acerca mirando con envidia a los dos hombres, que continúan su conversación entre bocado y bocado. El Abuelo llama al perro cariñosamente y le echa un pedazo de pan, que el pobre animal hambriento engulle rápidamente.

—He aquí un gran milagro que vemos cada día y no reconocemos, dice el Abuelo—Yo como este pan y se convierte en hombre, y el mismo pan comido por el perro se convierte en perro. ¿Cómo explicar este misterio? Y así no sabemos explicarnos una función tan universal, casi un fenómeno químico, qué audacia pretender explicarnos cómo nosotros nos hacemos Dios, o cómo Dios se hace en nosotros?

Unos gritos a lo lejos anuncian la llegada de otros amigos. Han estado buscando al Abuelo entre los árboles por largo rato, y por fin lo distinguen allí, acabando su almuerzo. Llegan en grupos de dos, de tres, pronto se reúne una compañía numerosa. La conversación toma otro carácter. Unos bajan de la Sierra, adonde ya marcharon la tarde anterior; hablan de la noche, pasada oyendo el rumor incesante de las cascadas. Otros vienen de más cerca, han llegado sólo al pie de la montaña, otros vienen de bañarse en el agua, fría aún, del vecino Manzanares.

El maestro los observa. Qué noble grupo de jóvenes! Otra generación! Dios mío, qué es lo que va a dar de sí? Será mejor que las otras? Quedará algo de este deseo de ideal que los anima a todos ahora?

Se comenta la grandiosidad de aquel paisaje. Uno menciona a Velázquez, el pintor de esta imponente sierra oscura, y añade sentenciosamente. — Parece imposible, cómo pudo Velázquez, medio andaluz, medio portugués, identificarse con *esta cosa*, el paisaje más castellano que existe! Y pensar que admiró a Rubens! Viajó y vivió en Italia, hizo copias de mármoles antiguos y del Tiziano!...

Otro hace esta reflexión algo pedante:

—Es que esta sierra nos dió a Velázquez, o es que Velázquez nos dió esta sierra? Porque ya nunca más

podremos mirarla, sin pensar en la *version* que él nos dió de este paisaje, ni podremos nunca ver un cuadro de Velázquez sin sentirnos al pie del Guadarrama.

—Si tuviéramos el alma de artista que tenía Velázquez, añade el primero que habló, cada uno daría su expresión a este paisaje, y aunque quisiéramos aquí recordar sus cuadros se nos representarían como algo muy distinto de lo que realmente son.

—Entonces cómo se explica V., replica el otro, que si el arte, como dicen B y C, nos da la esencia misma de las cosas, la representación sea diferente según cada artista?

Todos miran al Abuelo deseando que intervenga, pero éste mueve la cabeza y replica sonriendo:

—No lograrán hoy hacerme hablar; he venido aquí a escuchar no a debatir, a escuchar algo más grande que estas palabras: esencia y representación.... Qué quiere decir aquí todo esto? Guárdenlo para mañana en la clase. Escuchen Vds. al cuclillo que canta! Miren este cielo azul! Vivamos, vivamos; gocemos de este vivir como gozan de él todas las demás cosas....

Y se hace un gran silencio. Van andando; se desparraman otra vez en grupos de dos, de tres... más callados, más conscientes. Qué les ha dicho el Abuelo para así impresionarlos? Nada, casi nada, pero la hora y el tono de su voz hacían aumentar el valor de las palabras.

El Abuelo desaparece. Habrá ido al Asilo de niños pobres del Pardo, regido por su primo, otro Giner y la señora de éste, doña Tomasa. He aquí otra casa-convento, una obra parecida a la INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA; allí, tocando al palacio real del Pardo.

Don Francisco es recibido en aquella casa con tanto amor! Doña Tomasa le prepara una taza de té caliente, y él se reconforta en la lumbre del hogar encendido del salón. Hacía fresco; el abuelo siente que el campo le ha penetrado dentro del alma y está como derretido de dulzor.

El Abuelo permanece sentado hablando con doña Tomasa. ¡Una mujer! El Abuelo recuerda los días cuando venían allí con doña Concepción Arenal y los esposos Riaño! Entonces se preocupaba de otras cosas. El tiempo vuela y él es ya viejo! El sol se va poniendo!

Deja que marche la multitud; espera uno de los últimos tranvías para ir casi solo a Madrid. Cuando sale del Asilo en dirección al tranvía, atraviesa el sitio Real, todo tan callado. Las estrellas brillan en el cielo, y el abuelo las mira, las mira con sus ojitos brillantes, como otras estrellas en la oscuridad. Al subir en el incómodo vehículo que ha de llevarle a la ciudad, pasa volando un automóvil, tocando una fuerte bocina. El Abuelo ve al rey que vuelve con sus amigos de su día de caza, ignorante de que allí, en aquel tranvía, va el más excelso de sus súbditos. El Abuelo lo ve pasar, pensando que también el monarca joven, busca, al fin y al cabo, como él, el goce de la vida, la *joie de vivre*, ni más ni menos que él, y quién sabe si con más resultado!

J. PLOÁN

En la Administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

Arturo Capdevila: <i>América</i>	¢ 4.00
José Carlos Mariátegui: <i>La escena contemporánea</i>	3.00
Medardo Angel Silva: <i>Poesías escogidas</i>	2.00
A. Messer: <i>La filosofía moderna</i>	3.50

Un estante de libros escogidos

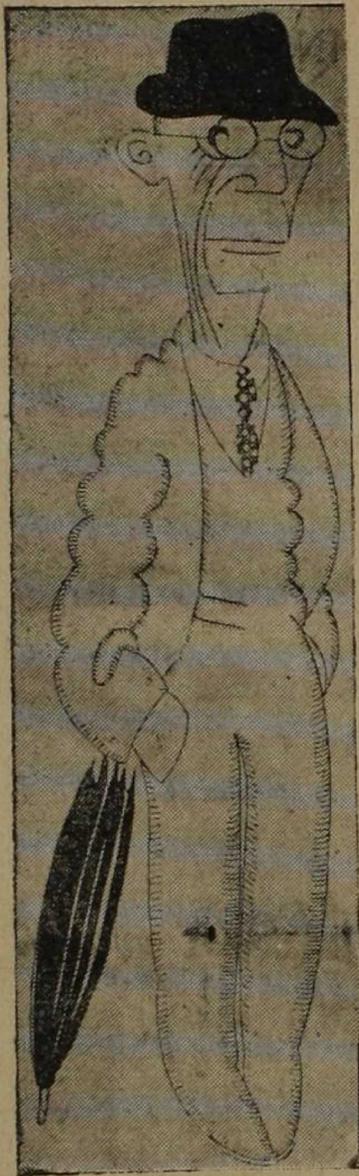
José Vasconcelos: <i>Indología</i>	5.00
R. A. Arrieta: <i>Ariel corpóreo</i>	4.00
Vasconcelos, Unamuno, etc.: <i>París-América, N.º 1</i>	3.00
<i>Poema del Cid</i> . Texto y traducción.	2.00

Jespétsen.— <i>La enseñanza de las lenguas extranjeras</i>	3.00
<i>Cuadernos Literarios</i> . Ediciones de Díez Canedo. Los 16 tomos publicados	16.25
Darwin: <i>El origen de las especies</i> , 3 vols.	5.00
Sarmiento: <i>Vida de Dominguito</i>	8.50

El cariño y el amor

Por

Francisco Grandmontagne



Visto por Bagaria.

SE ha dicho muchas veces que el matrimonio es la tumba del amor. Por eso sin duda los diversos poetas que han cantado la vida de Don Juan no casan nunca a su héroe. No han querido someter a prueba su capacidad amorosa, ni la consistencia de su sentimiento.

Y es que Don Juan no es un verdadero amador. Su reinado estaría mejor en Fez que en Sevilla. Balvo, un filósofo modesto, pero de muy segura visión, destruye con cuatro palabras todas las apologías rimadas que se han hecho de Don Juan: «quien ama a muchas, no ama mucho; quien ama a menudo, no ama largo tiempo; quien ama con variedad, no ama dignamente.»

Entre los poetas y este discreto filósofo, la elección no es dudosa. La consistencia del amor se prueba en el matrimonio; sólo una larga convivencia nos demostrará si el

corazón está bien puesto, en quicio permanente. Don Juan viene a ser un pilleto de la sensualidad que anda entre las incautas dando el camelo del amor. Los poetas no le atribuyen facultades engendrantes, para así eximirle de todo sentimiento de responsabilidad. Quien no responde de las derivaciones de su erotismo, en su contacto con la doncella, no es más que un granuja en libertad por deficiencias del Código Penal.

Por lo demás, hay algo de cierto en eso de que el matrimonio es la tumba del amor. No en balde la frase goza de tanta difusión en el mundo. Pero ello se debe a que el amor, en su forma exaltada y ardiente, no es, como dice Voltaire, más que un cañamazo dado por la Naturaleza y bordado por la imaginación. Ahora bien (pase el giro parlamentario): el cañamazo, la belleza física, no resiste la tiranía del tiempo que imprime las tristes huellas de la decadencia; y la imaginación bordadora también ataba por sosegarse y quedar sustituida por una dulce y reflexiva calma.

Entonces el amor, limpio de erotismo, que suele ser el motor de su arrebató, no tiene más que una salvación: el cariño. Los poetas siempre han desdeñado, por subalterno, este sentimiento, que es mucho más fundamental y más sólido que el amor. El amor es la llama; quizá no pase de una fogata fugaz; el cariño es el rescoldo hecho de la buena lumbre diaria del hogar, de la mutua adhesión, del perdón mutuo, de la recíproca tolerancia, de los comunes goces y sufrimientos, de las esperanzas unísonas y de la fusión de las lágrimas. El amor, que acaso no sea más que un producto artificial de la literatura, tiene un enemigo que le vence siempre: el tedio. El cariño no tiene enemigo que le venza, porque está apoyado en el firme sentimiento de convivencia. Vale más, mucho más, el calor del rescoldo que el de la fogata. Cuando la fogata no se convierte en rescoldo sólo

quedan de ella frías cenizas. Brasa y no pavesa ha de ser lo que quede de la juvenil exaltación espiritual y del ardor de los sentidos.

El amor, como el rayo, surge de una manera instantánea y fulminante: «el amor nace a primera vista; vive y muere en los ojos»—dice Shakespeare.—Es, además, un poco fetichista; prende en un detalle físico, como los incendios que tienen su origen en una cerilla. En esta rapidez y en este fulgor de relámpago estriba precisamente el peligro por lo que toca a la duración del amor, pues es difícil mantener la vida en tan fulminante tensión. «¡Te amo!» es una frase de novela, excesiva, afectada, teatral. «Te quiero» es un concepto más sencillo, más grave, más profundo y más humano. Y, probablemente, cumplirá mejor los fines afectivos del connubio quien dice «Te quiero» que quien, enajenado y frenético, exclama, imitando a Don Juan; «¡Te amo!...»

El vínculo del cariño.—Saber convivir... He ahí el secreto. Dar reglas fijas es imposible, puesto que hay tanta variedad de caracteres y de circunstancias cuantas parejas constituyen la organización monogámica del mundo.

Desde luego, la cualidad esencial de la mujer es la dulzura. La palabra suave quebranta la ira. Una mujer colérica es el mayor tormento de un hogar; produce la impresión de un canario hidrofobo, algo, en fin, absurdo y horrible.

Cuenta César Cantú, en las bellas páginas de *Il Galantuomo*, que uno de los siete sabios de Grecia—no recuerdo cuál, ni importa—tenía un discípulo que estaba enamorado. Lleno de entusiasmo refería al maestro las cualidades de su futura. «Es hermosa como el lucero de la mañana.»—decía el joven. El filósofo escribía: «cero».—«Es rica, como la heredera de Crespo»—añadía el doncel. El genio griego volvía a escribir: «cero». (La dote, pensaría probablemente el filósofo es la gran virtud de los padres.) El enamorado agregó: «es noble».—«Cero».—«Tiene buena parentela».—«Cero.» El pobre novio miraba atónito a su querido maestro. Por último, le dijo: «tiene un carácter

dulce». Y entonces el sabio heleno, el más sabio de los siete sabios, estampó la unidad a la izquierda de todos los ceros que había ido poniendo para demostrar que sólo así adquirirían valor las demás cualidades.

Todo es grato al lado de una mujer dulce; todo es amargo y triste al lado de una irascible. Seductora es la belleza, atrayentes la espiritualidad y el donaire; pero es la dulzura la que más retiene al hombre y más se adentra en su espíritu. Y la felicidad radica en retenerse mutuamente. Madame Necker, cuyo ingenio lució tanto en los salones de Versalles, en los momentos precursores de la Revolución, cuando todas las pasiones estaban a punto de estallar, solía decir a sus amigas que las palabras ofenden más que las acciones, el tono más que las palabras y el aire más que el tono. La esposa del famoso hacendista hubiera podido dictar una cátedra de psicología conyugal. Dulzura, suavidad. Los hombres rompen los eslabones de una cadena de hierro; en cambio, hallan agradable la atadura si ella está formada por tenues hilos de seda. Sean las palabras femeniles como los brazos en las horas de deliquio: suaves, blandas, dóciles.

Una mujer discolora, colérica y violenta, denota, a la vez, obtusa inteligencia. Pellegrini, el gran presidente argentino, hombre, además, muy mundano y profundamente observador, solía decir que el matrimonio es un viaje demasiado largo para hacerlo en mula. La testarudez es buena y honrosa en los generales que defienden un fortín. Para la mujer, por el contrario, ceder es triunfar, siempre que el marido sea tierno, delicado y comprensivo. Ha de ser la mujer como la cera, dócil al molde, que al fin el moldeador suele adquirir el carácter de lo moldeado.

Cuando los hombres elogian el ingenio, la gracia, la belleza, la elegancia, o cualquier otra cualidad física o moral, lo hacen sin mayor calor. En cambio, cuando dicen: «mi mujer es una pastaflores» dan a su expresión un tono de íntima ternura que revela cuánto

(Pasa a la página 158).

El humorismo de Julio Camba

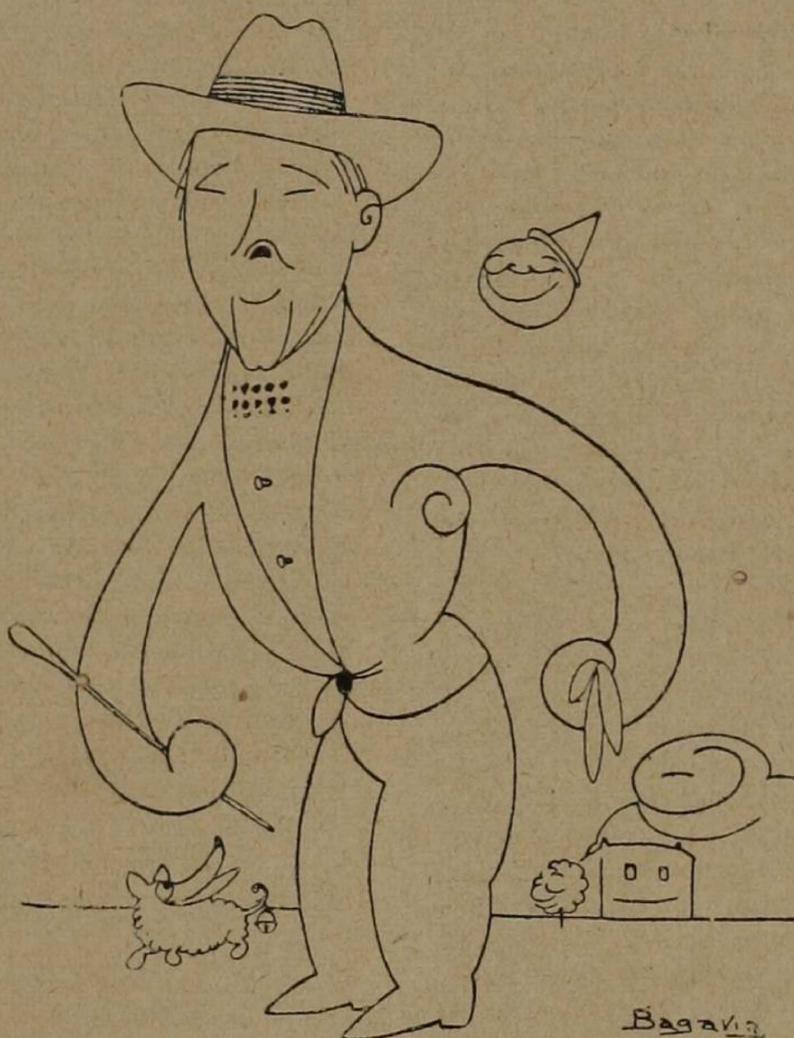
=De *Hispania*. California, U. S. A.=

HACE diez años conocí a Julio Camba personalmente. Antes le conocía sólo por sus escritos, por aquellos artículos que desde Inglaterra, Alemania y otros países europeos enviaba a los periódicos de Madrid, artículos que luego se publicaron reunidos en varios volúmenes¹. Al decidirme yo también a hacer de rana viajera y venir a los Estados Unidos, en Nueva York me encontré con Julio Camba y en seguida nos hicimos muy amigos. Como por este motivo tuve ocasión de asistir de cerca a uno de los varios experimentos viajeros que Camba ha hecho en el extranjero, menciono aquí estos hechos para documentar, con verdadero rigor científico, los datos de que me voy a servir para trazar brevemente la fisonomía moral de nuestro gran humorista.

Camba es, ante todo, lo que se dice un hombre simpático: un señorito madrileño, bien vestido, de modales desenvueltos, que llevan siempre esa nota, tan española, de la distinción combinada con la llaneza. Para él la vida consiste en gozar de ella; y el mayor enemigo del goce puro y desinteresado es el trabajo, a despecho de cuanto los moralistas nos han dicho siempre con el santo objeto de hacernos más llevadera esta dura necesidad ineludible, olvidando que el trabajo no fue concedido al hombre como un regalo, sino impuesto como un castigo cuando fué expulsado del Paraíso. Camba—como los pícaros españoles clásicos, y como los más de los españoles, que todos tenemos algo de pícaros—no se revela abiertamente contra la orden divina, pero no la sigue con entusiasmo: hace todo lo que puede para burlarla. Se gana el pan con el sudor de su frente, ya que no ha tenido nunca más medios de vida que su pluma; pero ha descubierto el modo de hacer reproductivos su ocio y su esparcimiento, convirtiéndolos en la materia de sus artículos.

Camba toma la vida como un espectáculo; se pasea por ella sin prisa y sin urgencia, sin pedirla ni exigirla nada

1. Las obras de Julio Camba son: *Alemania*, 1916; *Londres*, 1916; *Playas, ciudades y montañas*, 1916; *Un año en el otro mundo*, 1917; *La rana viajera*, 1920; *Aventuras de una peseta*, 1924; todas publicadas en Madrid.



Camba visto por Bagaría.

más que lo que ella da espontáneamente de sí a manos llenas: el espectáculo de una comedia inagotable, de un circo gigantesco. A ciertos hombres la vida se les aparece como tragedia; pero en rigor la tragedia está siempre dentro de nosotros mismos, es algo esencialmente individual que empieza en el hombre y acaba con él, mientras que la comedia está en la naturaleza misma de la sociedad y, como ella, nunca acaba. El trabajo—tienen razón los moralistas—es la afirmación suprema de la personalidad individual, porque mediante él logra el hombre con su esfuerzo dominar, transformar y aprovechar la naturaleza, imponiendo sobre ella, hasta donde es posible, su voluntad; pero este esfuerzo humano, para que sea eficaz, requiere concentración sobre un punto de interés con exclusión de los demás, cooperación con los demás hombres, limitación necesaria y fatal. Y hay en el fondo de todo hombre una aspiración ilimitada de libertad, muy humana y muy moral, que Dios sin duda puso también en nosotros y que es muy difícil de conciliar

con la dura necesidad de limitación que el trabajo y la realidad exigen. Unos hombres, los más, se resignan, y hasta llegan a encontrar un verdadero goce en esta limitación fecunda; otros, en cambio, se rebelan y usan sus mejores esfuerzos en buscar los medios de asegurarse el máximo posible de libertad. A esta última clase pertenecen igualmente los hombres más malos y perjudiciales, y los más buenos y útiles: los criminales, que para satisfacer su gusto rompen violentamente y con daño ajeno la ley social que los limita, y los grandes hombres—sabios, inventores, fundadores, artistas—que descubren en la originalidad de su espíritu nuevas leyes, normas, instituciones y medios de hacer la vida mejor para todos y que se liberan así de la sociedad y aun de la naturaleza moldeándolas y sometiendo a sus ideales y a su voluntad. Estos últimos son los grandes creadores, los héroes de la historia, los que juntamente con todos los trabajadores que se han sometido a su dirección y se han aprovechado de sus inventos, han hecho el progreso hu-

mano, para el cual los unos y los otros son igualmente necesarios.

Pero hay otra clase de hombres cuyo valor moral y social no es tan claro, que buscan también la libertad individual y la logran en mucho mayor grado que los héroes del progreso o los directores de la humanidad. Me refiero a los críticos, los satíricos, los hombres cuya función consiste meramente, no en trabajar ni en crear, sino en observar a los que trabajan y crean y en reírse de ellos, en descubrir y mostrar el lado ridículo que hay en los hombres y en las cosas. A primera vista parecerá la actitud de estos hombres la menos respetable y moral de todas, y sin embargo, si pensamos un poco, veremos que esa capacidad de criticarnos y de reírnos los unos de los otros es la más típica y específicamente humana, la que más nos distingue de los animales, la que nos produce una satisfacción más pura y desinteresada. Todos nuestros otros impulsos y sentimientos tienen una finalidad, son medios para lograr algo que deseamos o necesitamos: la risa se basta a sí misma. De todos los bienes que el hombre busca con tanto afán, ninguno es tan grande, tan completo, tan absolutamente feliz como la risa. Por eso contamos entre los grandes hombres del mundo a esos escritores y artistas cuya labor, al parecer irrespetuosa y negativa, ha consistido en burlarse de la humanidad y en hacernos reír de ella.

Ahora bien, para llegar a esta actitud cómica, para poder ver el lado ridículo de los hombres y de las cosas, es preciso sentirse desligado de ellos, no tener puestos en ellos nuestro interés ni nuestra vida, tener la actitud de espectadores y no de actores en la comedia que ante nosotros se representa. Claro está que podemos reírnos también de nosotros mismos, y que podemos por lo tanto ser al mismo tiempo actores y espectadores; pero al reírnos de nosotros mismos, el «yo» que se ríe y el «yo» objeto de la risa están absolutamente desligados por ese truco que designamos con la palabra griega *ironía*, que quiere decir disimulación. Después de todo si nos parece difícil considerarnos ajenos a

nosotros mismos, no es menos difícil considerarnos ajenos a los demás, y tanto cuando nos reímos de nosotros mismos como cuando nos reímos de los demás, hay ironía o disimulación, hay la pretensión de que no tenemos conexión alguna con el objeto de nuestra risa.

Todo este problema tan difícil de la risa, lo cómico, y el humor ha preocupado a la fisiología, la psicología y la estética, y estas ciencias han encontrado teorías para explicarlo. Si yo he aludido a ellos no ha sido con la intención de entrar siquiera en una cuestión tan ardua, sino de justificar a Julio Camba de las afirmaciones que al principio hice acerca de su carácter, es decir, su poca afición al trabajo y su afán de tomar la vida como un espectáculo y una diversión. Espero que lo dicho baste para comprender cómo la ociosidad y el desinterés son condiciones necesarias para la creación del arte cómico.

Volviendo a la psicología de Camba, debo añadir a esta nota de su vagancia nativa otra que la completa y redime: su curiosidad omnívota y desinteresada. Camba no venía a Nueva York, como tantos otros millones de hombres a ganarse la vida o la prosperidad o la libertad, a comprar o vender, a hacer política o economía o religión; Camba venía a ver otro mundo y otros hombres a los que no quería pedir ni dar nada; venía simplemente a gozar de la novedad de su espectáculo. Pero no a la manera del turista, que también viaja sólo por el gusto de ver, pero que sólo ve lo anecdótico y superficial, sin identificarse con las cosas vistas. Camba es todo lo contrario de un turista. Aunque parezca extraño no tiene alma viajera. Cuando llega a un sitio nuevo se asienta y establece para vivir en él por un tiempo y no para viajar; vive la vida ordinaria y no hace esfuerzo alguno por acercarse a las cosas excepcionales que aquel país contenga, ni tampoco por adaptarse a la vida y costumbres que constituyan la trama ordinaria de aquel modo distinto de vivir. No se prepara, como el viajero, para salvar la diferencia entre sus hábitos y los hábitos nuevos, entre su psicología y la de las gentes con quienes va a vivir; no trata de aprender de

antemano el manejo de los nuevos instrumentos que temporalmente ha de usar: lengua, ciudades, medios de comunicación, costumbres. Por el contrario, parece que se esfuerza delibera o inconscientemente por mantenerse irónicamente en la actitud de que puede seguir siendo el mismo al penetrar en un medio distinto, y ensaya el experimento de vivir ingenuamente su propia vida y continuar con sus hábitos y psicología individuales, que naturalmente son españoles. Entonces surgen, sin buscarlas, las sorpresas extraordinarias e inagotables: cada paso que da en el nuevo mundo es un tropiezo con un objeto extraño e imprevisto que estaba en el camino. Y el tropiezo—recordémoslo—es una de las formas elementales y eternas de lo cómico. El turista se sentiría fracasado en sus propósitos y sufriría con estos tropiezos: la ironía de Camba en cambio le permite gozar plenamente de su propio ridículo, que por esto mismo deja de serlo, ya que el ridículo no es más que el sentimiento del temor de serlo. Además del descubrimiento de esta fuente de situaciones cómicas, Camba descubre, gracias a su actitud pasiva e ingenua, todo lo que en el nuevo mundo, es peculiar y distinto. Y como en el fondo Camba es un hombre profundamente serio y de un temperamento señaladamente intelectual, su goce se convierte en objeto de meditación reflexiva sobre el hombre y sus diferencias, en un afán muy sincero y veraz por desentrañar el carácter de las diversas formas de la cultura que tienen su origen y asiento en las naciones.

Para entender bien la psicología de Camba hay que borrar la fácil interpretación de que él es, como hombre o como escritor, meramente gracioso: el encanto de su conversación y el valor duradero de su obra radican en su gran inteligencia y comprensión, en su interés profundo por todas las cuestiones abiertas a la preocupación del pensamiento. La mentalidad de Camba es clara, lógica y precisa como la de un intelectual de primer orden, y si no hubiera sido tan gran humorista, hubiera podido ser un científico o un filósofo. Esta fuerza intelectual y dialéctica más aún que la fuerza cómica,

hacen de su conversación una verdadera obra de arte, tan valiosa como sus escritos, y desde luego más abundante que ellos. Camba, español en eso como en todo, gusta de la conversación y del trato con las gentes casi tanto como del ocio activo a que antes nos referíamos, que consiste en pasearse por los pueblos del mundo y dentro de cada pueblo por sus calles sin esfuerzo y sin objeto. No hay tanta diferencia como parece entre las dos cosas: la conversación y la discusión a la española son un paseo desinteresado por las almas ajenas. Ni siquiera son incompatibles esas dos actividades, pues lo más español de todo es pasearse sin rumbo por las calles, no uno solo sino varios amigos, hablando y discutiendo de todo lo divino y lo humano.

Así, a la española, se ha paseado Camba por medio mundo, formándose en cada sitio a poco de llegar un círculo de amigos que han dado en las calles de Londres o Nueva York, de Berlín o Constantinopla un espectáculo extraordinario para quien fuera capaz de advertirlo y comprenderlo. Quizás hubo entre las multitudes atareadas de esas ciudades alguien que notó con extrañeza aquel grupo de hombres de porte un poco grave y sombrío, cuya riqueza de gestos expresivos les haría aparecer como dominados por alguna pasión violenta y a punto de venir a las manos; andando despacio, en semicírculo, con un ritmo propio ajeno al de las masas circundantes; deteniéndose para mirar cualquier cosa al parecer insignificante o para enzarzarse en una agitada discusión más propia de una reunión pública que de un paseo callejero; quizás alguien volvió la cabeza al oír sus voces destempladas o risas estentóreas; quizás algún policía intrigado siguió al grupo extraño en sus idas y venidas, vueltas y revueltas por las calles llenas de gente o por las calles solitarias, a la hora del trabajo durante el día o a altas horas de la noche cuando todo el mundo duerme. ¿Qué hombres son éstos y qué están haciendo?—se preguntaría en su ánimo un momento el extranjero extrañado. Aquellos hombres eran españoles en tierra extraña y no hacían nada misterioso: pasaban el rato a su modo, perdían el tiempo

hablando de cosas que no les importaban, se acaloraban por sustentar ideas desinteresadas sin finalidad práctica; se fijaban en todo lo que pasaba a su alrededor para juzgarlo, criticarlo, admirarlo o reírse de ello; gozaban de inmenso placer de vivir sin objeto y sin preocupaciones, de decir francamente todo lo que pensaban, de ser libres, en una palabra. Y todos estos hombres que llegaban entre sí a una familiaridad y franqueza tales que no se podrían concebir entre los amigos más íntimos de cualquiera otra raza, apenas se conocían ni tenían nada de común entre sí fuera de esta necesidad de libertad y de comunicación. Cuando se separaban seguían los rumbos más distintos: eran el corresponsal del periódico de Madrid, el científico pensionado para hacer estudios en el extranjero, el importador de anchoas o de antigüedades y el exportador de algodón o petróleo; el actor, cantante o bailarín de una compañía de teatro; el aristócrata o el burgués en viaje de placer o de negocios, el empleado del consulado o de la compañía naviera, el estudiante, el cura, el inmigrante aventurero que busca trabajo o fortuna, el pintor que viene a exponer sus cuadros: toda esa mescolanza de gentes que por algún motivo excepcional o anormal se deciden a salir de un país sedentario como España, y obligados por un deber o lanzados por una necesidad interior, viven fuera de su patria.

Todo español en el extranjero tiene algo del espíritu de Camba, aunque le falte la ironía necesaria para darse cuenta de su verdadera situación; todo español, en serio, mantiene imperturbable su carácter y su manera de ser, como una roca en el mar, en medio de los embates de la civilización extraña, que le envuelve por todas partes, pero que nunca le absorbe. No se aísla, porque se lo impide su necesidad de aire libre y de comunicación social; pero tampoco se entrega a la influencia del medio porque se lo impide su fuerte individualismo. Resulta así un caso extraño y paradójico de extremada adaptabilidad a todas las condiciones nuevas y de invencible adhesión a las cualidades nativas de su raza, que se depuran y afinan cada

día al tener que luchar con la influencia externa. Lo español flota sobre una civilización distinta sin mezclarse con ella, como el aceite sobre el agua. Y es porque lo español lleva en sí la fuerza de ser un modo de civilización distinta de todas las demás, no sólo en la apariencia o en la forma, sino en las raíces, en la actitud del espíritu ante todos los problemas de la vida. De ahí nace la gran originalidad que llevan en sí todas las obras del pueblo español a través de su historia, y la dificultad que han tenido siempre los demás pueblos para comprenderlas y juzgarlas.

La obra literaria de Camba, a su manera humorística, lleva siempre en el fondo esta preocupación por la realidad española que, en sus artículos, se define e ilumina al ser confrontada con otros modos de civilización. Esa rana a quien Camba somete al experimento de vivir en diferentes latitudes morales, en medio de las varias civilizaciones nacionales, es en rigor España misma, su carácter y civilización peculiares, tal como se manifiestan en las reacciones espontáneas e instintivas de todo español. La originalidad humorística de Camba le permite cultivar esas reacciones irónicamente y tener conciencia de la significación cómica que resulta de la desproporción desmesurada que hay entre dos actitudes humanas igualmente serias y seguras de sí mismas: la del español y la del extranjero, que al ponerse en contacto no se comprenden o se comprenden a medias, que es peor. De ahí que la acción de cada uno de ellos aparezca a los ojos del otro incongruente y absurda y por lo tanto cómica.

La conciencia de este efecto sólo puede darse en una mentalidad compleja, como la de Camba, que comprende en sí ambas actitudes y que puede saltar ágilmente de la una a la otra. Camba, como todo español culto, desde hace dos siglos, lleva dentro de su propia alma esa contradicción e incongruencia entre los sentimientos, instintos e ideas que ha recibido de la tradición y del medio genuinamente españoles, y su cultura fundamentalmente europea; tiene, por lo tanto, Camba dos personalidades, la española y la europea, imposi-

bles de identificar y aún de acordar, y así no es sólo posible sino natural y necesario que Camba, el europeo, encuentre absurdo y risible a Camba el español y vice versa.

Camba se da cuenta clara de la diferencia y distancia que hay entre España y Europa; en qué consiste esta diferencia y a qué causa se debe es algo muy difícil de explicar, tanto que hasta ahora no han podido ponerse de acuerdo los innumerables españoles y extranjeros que se lo han propuesto; pero es evidente que desde el siglo XVIII hasta ahora la conciencia de la diferencia entre España y el resto de Europa en conjunto es la idea fundamental que ha informado todo el pensamiento y la acción españoles, y los del mundo respecto de España. En los últimos treinta años es cuando este sentimiento ha adquirido máxima agudeza e intensidad, hasta convertirse en la preocupación más dominante y característica de la época contemporánea. La interpretación cómica que Camba ha hecho de España mediante su contacto y confrontación con Europa, corresponde, por lo tanto, al mismo espíritu de época que se manifiesta, en formas tan serias, en la interpretación política de Costa, el propulsor de la «europeización de España»; la interpretación histórica y filosófica de Ganivet, Unamuno, y Ortega y Gasset; la interpretación poética y sentimental de Azorín, Machado o Baroja; la interpretación dramática de Marquina; la inter-

pretación pictórica de Zuloaga, y así de todos o los más de los grandes españoles de nuestra época. Para todos ellos la visión del problema de España es seria en todas las formas de la seriedad, pasando por la melancolía, la tristeza, la acritud, la desesperación, o la fe, la complacencia, el entusiasmo. Camba presta al cuadro la nota cómica, tan humana y tan profunda como otra cualquiera.

Sería superficial pensar que porque Camba es capaz de reírse ante una realidad que a los demás les parece tan seria y a algunos tan trágica, es menos consciente que los otros de esa realidad o más indiferente a ella. Camba no sería como es un gran humorista, si no hubiera en el fondo de su risa mucho amor y algo de dolor. El humorista nos consuela con su risa de las exageraciones a que lleva el espíritu de la seriedad y pone en nuestras almas el equilibrio de la verdad. Camba se ríe de los defectos de España que seguramente le duelen como cosa propia, y de las cualidades de los otros pueblos que más admira y al convertirlos en risa, su dolor y su admiración se suavizan y atenúan hasta confundirse en un solo sentimiento: el de la ridiculez universal, a la que los hombres llegan igualmente por los infinitos caminos del éxito o del fracaso.

La gracia de Camba tiene, por lo tanto, un fondo serio y un sentido muy humano; los procedimientos que emplea para

expresarla y producirla en el lector son igualmente de buena ley y de valor universal y duradero. No se trata, como tan a menudo ocurre con el arte cómico, de juego de palabras o situaciones físicas externas. Su estilo, directo y sencillo, podría traducirse plenamente a cualquier lengua y tendrá validez en cualquier tiempo. Hay un arte cómico más superficial que hace las delicias de las gentes de un país o de una época, y que deja enteramente fríos a los extranjeros. De este arte ha habido y hay abundantes ejemplos en España, especialmente en la región meridional andaluza, cuyos habitantes llevan en su misma manera de ser una cierta gracia de gesto y de palabra que encanta a los españoles todos. En cambio los gallegos carecen, en el sentir común de los españoles, de ese género de gracia que ellos llaman "sal". Pero tienen los gallegos en su manera de ser otro género de gracia, más honda y universal, más aguda y sutil, que nace de su carácter crítico y sociable; gracia de fondo más que de forma, de idea más que de expresión, que imprime carácter propio a los escritores del noroeste de España.

El humorismo profundo de Julio Camba tiene raíces gallegas; porque Camba nació en Galicia, en Villanueva de Arosa, el 16 de setiembre de 1884. A los trece años salió por primera vez de su tierra para ir, como tantos otros muchachos gallegos, a Buenos Aires. Allí, en vez de dedicarse a los negocios comerciales, como los más de sus paisanos, se dedicó al periodismo, con tan poca prudencia, o con tanto idealismo—cosa natural a su edad—que las autoridades argentinas le expulsaron del país como extranjero peligroso. He oído otra explicación de esta experiencia juvenil de Camba, y aunque no estoy seguro de su autenticidad, la cuento porque tiene gracia. Según esta versión, Julio Camba, después de pasar unos años en la Argentina sin lograr resolver satisfactoriamente el problema de su vida, quiso volver a España, y careciendo de medios para costearse el pasaje—a la ida fué oculto en la bodega de un vapor—se le ocurrió una idea salvadora. Había dispuesto el gobierno argentino

(Sigue en la pág. 159)

No hay diferencias esenciales

Aunque la raza es un principio tan marcado en determinadas colectividades humanas, resulta al fin y al cabo difícil precisar cuál es la diferencia esencial que establece la raza entre hombre y hombre. En la China, como en el Perú, y en la India y en Japón, también aman los padres a sus hijos, y enamora el joven a la joven; y trabajan los individuos, no sólo para comer, sino, para progresar, y cantan los niños sus canciones; y se abren almas a la belleza, y surgen espíritus excelsos en cultura y generalízase, lentamente la civilización en las masas incontadas.

Nosotros, que siempre hablamos de justicia, seamos justos: con un poco de esfuerzo se podrá llegar a conocer a la China tan de cerca como a Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, España y la República Norte Americana, y con conocerla así, se ganará una amiga y una maestra, como lo son aquéllas.

DORA MAYER DE ZULEN

(De *La Vida*, Lima)

P a z

—Mamá—dije mientras vestía yo a mi muñeca—, Paz, nuestra vecina, no tiene cara de viuda.

—¿Por qué lo dices?—preguntó mi madre.

—Porque las viudas son viejas—, le respondí con toda la sencillez de mis siete años—, y Paz se parece a la virgen que tienes arriba de tu mesa, es muy bonita...

Mi madre sonrió dulcemente y salió del comedor. Yo, entonces, poniendo la muñeca a mi lado, me extendí en el canapé y me quedé pensando en Paz. ¡Qué bonita era! Sólo porque tenía los ojos tan tristes, no se parecía a la Hada Azul que figuraba en el cuento del *Pájaro encantado*. Esa hada llevaba eternamente la sonrisa en la boca, y Paz no: siempre estaba callada y seria, y a veces, hasta parecía que iba a llorar. Pero tenía la misma cabellera dorada del hada, y la misma luz en la frente!..

Un ruido estrepitoso tiró al suelo el castillo de mis pensamientos. Puse a un lado la muñeca, salté del canapé y corrí hacia el jardín para ver qué ocurría. Mi hermano Luis y sus amigos, con kepis de papel y sables de hoja de lata, acababan de entrar de la calle en persecución del gato de la tía Rita, un gato negro que era mi favorito y al que yo guardaba diariamente la parte mejor de mis golosinas.

Como un valiente general que se pone al frente de las balas, abrí los brazos y detuve con un grito a toda esa multitud ebria de combate. Entre tanto, el gato ganaba terreno y entraba a ocultarse debajo del canapé.

—¡Nadie lo toque! ¡Nadie lo toque!—grité.—Es mi favorito, y lo defenderé con la vida...

Aquella multitud leyó seguramente en mis ojos la verdad y resolución de mis palabras, porque se alejó medrosa, aunque sonriendo con cierta sorna, (quizá para ocultar su derrota humillante.)

Yo, entonces, corrí hacia el canapé, y dirigiendo al gato mis más dulces palabras para prestarle confianza y ánimo, me incliné, metí las manos entre los flecos de la pasamanería, palpé en el fondo oscuro, y saqué arrastrando aquel fardo de seda negra que era el gato de la tía Rita.

—Ven acá, Brujito mío—le dije cuando ya estuvo a la vista, asustado y tembloroso.— Ven a comer tus pasteles y tu pan con mantequilla; hoy vas a regalarte como un rey, sí, señor, como un rey, mientras esos malvados van a matar a otros bichos menos lindos que tú... Ven acá, ven acá...

Lo llevé a un rincón de la cocina; le dí pan, leche y pasteles, y ya que

había saboreado despacio todo aquello, lo levanté en mis brazos, y me fui con mi pesado tesoro a la casa de Paz, nuestra vecina.

Allí estaba ella, como siempre, delante de su mesa de costura, hilvando, cortando, cosiendo y descosiendo...

—¿Nunca te cansas, Paz—le pregunté mientras me sentaba en la orilla del tapete y depositaba sobre el suelo mi querida carga.

—A veces no, a veces sí—, me respondió, pensativa.

—Yo quisiera, cuando fuese persona mayor, ser tan seria como tú—le dije.— Querría vivir en una casa así; tener una mesita como la tuya, y estar cose y cose, como tú...

Paz levantó de la tela sus tristes ojos, y abarcándome en una larga mirada, me dijo:

—No, hijita mía... no lo desees...

Después, ensartó la aguja en una hebra de hilo rojo, marcó fuertemente con el lápiz una línea sobre la tela blanca, y empezó a dar puntadas, siguiendo aquella línea.

El gato, con sus grandes ojos color de uva, miraba atentamente subir y bajar la mano de Paz.

—Mira qué gato tan juicioso—, dije a la vecina.— Parece que quiere aprender a coser.

—Florita!—me gritó mi madre desde la puerta de casa. Ven pronto, que aquí está tu tía Isaura, y quiere verte.

—Vamos Brujito—dije levantándome del suelo y cargando al gato.— Ya volveremos después a conversar con Paz. Dile adiós a la señora...

Y moviendo la manecita suave del gato en señal de despedida, salí a la puerta, crucé la calle y entré en nuestra casa.

Mi madre y la tía Isaura desenvolvían paquetes: eran panecillos y dulces que la tía nos traía.

—Este es para Florita; tiene muñequillos de coco y almendra; y éste—decía mi tía, endulzando la voz—, es para la pobrecita de Paz...

¡La pobrecita de Paz!... ¿Por qué la llamarían *pobrecita*, siendo tan bonita como era?... Quizás por ser ya viuda...

Abracé a la tía Isaura, recibí alborozada el paquete de muñequitos de coco, y con él y con Brujito, fui a sentarme junto a la ventana.

Por la calle bajaban grandes carretas arrastradas por bueyes, y a su paso, las gallinas se dispersaban, corriendo hacia las aceras.

—Siéntate aquí, Brujito, y vamos a ver lo que nos ha traído la tía Isaura.

Coloqué al gato en una silla, me instalé en otra, y abrí el paquete. Aquello era una maravilla; los muñe-

quitos parecían gentes de verdad. Y qué caras!... Algunos sonreían maliciosamente, apretando la boca; otros, reían a carcajadas, mostrando sus dos filas de blanquísimos dientes. Las cejas desempeñaban papel muy importante en los rostros de los muñecos; unas eran en arco, lo cual les daba un aspecto de admiración tal, que provocaban el asombro; otras eran rectas y estaban muy cerca de los ojos, obligando al muñeco a guardar una actitud graciosísima de enfado y desconfianza. Los había bizcos, pero ni estos eran feos, porque bien se veía que extraviaban la mirada para hacer reír, cumpliendo así con su misión de payasos... Yo estaba encantada. Extendí en el suelo el papel azul con que venían envueltos, y sobre él comencé a formarlos. Bamboleaban al principio y no querían ponerse en pié; pero con paciencia y voluntad se logra todo, y yo estaba decidida a formarlos en orden de batalla.

—Verás, Brujito, verás... decía yo en íntima charla con el gato, haciendo esfuerzos por ordenar aquel escuadrón de rebeldes, y mordisqueando al mismo tiempo la cabeza o los pies de algunos de ellos.

La tía Isaura y mi madre habían ido a sentarse hacia el fondo de la sala, y en el centro del estrado conversaban íntimamente sin cuidarse de mi persona. Yo, interesada en formar los muñecos, no me curaba tampoco de ellas; pero de pronto una exclamación dolorosa de mi madre me obligó a darme cuenta de sus palabras.

—¡Qué infamia!—había dicho.— ¡No le parece bastante el tenerla abandonada en este pueblo, sin mandarle jamás un céntimo, y ahora se presenta allá con la mujerzuela, haciéndola pasar como su esposa!.. ¡Qué vileza!.. ¡Y esta pobre, aquí, llevando vida de monja y dejando el pulmón en la aguja!... ¡Qué infamia!..

Mi madre, habitualmente tan dulce, se exaltaba, poniendo en su voz vibraciones que yo nunca le había oído. ¿De quién hablarían? ¿Qué significaría todo aquello!..

No tuve tiempo de inquirirlo, porque en aquel mismo instante una gran mariposa amarilla entró por la ventana, y el gato, ávido, con los ojos llameantes, saltó sobre ella y cayó sobre mis muñecos.

Un grito mío y un golpe de lágrimas, puso en confusión la sala entera. Mi madre y la tía Isaura corrieron a prestarme auxilio. Aquello era un ciclón, un diluvio... Nada podía calmarme.

—¡Mis muñecos, mis muñecos—gritaba yo en el colmo de la desesperación, tapándome la cara con una mano y señalando con la otra aquel campo de batalla donde no había sino muertos.

—Mañana te traeré otros más bonitos y más sabrosos—decía la tía besándome tiernamente.—Ya verás, ya verás: con sus trajes colorados y sus bonetes verdes... Todos de turrón y almendra, riquísimos, así de grandes...

—¡Yo quiero éstos!—respondía moviendo enérgicamente la cabeza.—¡Yo quiero éstos!...

Y mis lágrimas rodaban en perlas enormes, y los sollozos me quitaban la respiración...

Repentinamente se oyó una voz que gritaba: "¡fuego fuego!..."

Mi madre y mi tía, aterradas, corrieron hacia la cocina; y yo calmada como por encanto, me enjugué los ojos con mi vestidillo azul y me fui tras de ellas, despacio, sin perder del todo mi dignidad. Al llegar a la cocina, vimos que mi hermano Luis y sus amigos, armados de palos untados con brea y encendidos por la punta, jugaban al incendio. La vista de la cocina era maravillosa; en el fondo oscuro, las flamas que despedían los palos parecían farolillos rojos en agitación fantástica. Yo, absorta, fascinada por aquella visión deslumbradora, olvidé mi pena y hasta mi dignidad, y me puse a dar saltos y palmadas uniendo mi alegría a la de mi hermano y sus amigos.

—¡Fuera de aquí!—gritaba mi madre, indignada—¡Al patio! ¡Al patio!...

La turba de chiquillos salió en confusión, y yo me uní a ella gloriosamente, orgullosa de formar entre aquel pelotón de valientes que se atrevían hasta con el fuego. Pero mi madre, que juzgaba absurdo el divertimento, había salido tras de nosotros, y ayudada por la tía Isaura y por la cocinera, despojaba de sus hachones a los muchachos, dejándolos bien pronto con las manos vacías y con los hombros encogidos por el disgusto.

Yo, al verlos humillados y tristes, me acordé de mis muñecos rotos, pero... francamente, ya no tenía deseos de llorar, así me cuidé de volver a la sala, (donde mi dignidad me hubiera obligado a derramar nuevas lágrimas sobre los muñecos), y abandonando la compañía de los muchachos, quienes ya sin sus hachones no tenían prestigio ante mis ojos, me salí a la calle buscando más amenas perspectivas.

Caía la tarde. En los árboles comenzaban a recogerse los pájaros; las gallinas debían de estar ya trepando a sus perchas en los gallineros. Pronto sería noche cerrada.

Oí que mi madre me llamaba desde la puerta, y corrí hacia allá.

—Mira, me dijo.—Llévale este paquete de dulces a Paz, y dile que se lo manda tu tía Isaura. He guardado aquí los tuyos...

Recibí el paquete y me apresuré a desempeñar mi comisión.

Como no hallara a Paz en el cuarto de la costura, fui a buscarla a la cocina, pero tampoco allí la encontré; y ya iba a salir al huerto, cuando la oí que hablaba con alguien en la sala. ¿Quién podía ser? Paz nunca recibía visitas en aquella habitación; siempre las llevaba al cuarto de la costura para conversar allí mientras cosía. ¿Por qué había ido entonces a la sala? Entré precipitadamente, y quedé sorprendida.

En uno de los sillones estaba sentado un hombre; tenía éste la cabeza entre las manos, como si estuviera sollozando y en el asiento frontero Paz le dirigía la palabra suavemente, con voz calmada.

Al entrarlo, el hombre cambió de actitud; se irguió, levantó la cabeza, y se llevó una de las manos al bolsillo de la americana. Entonces pude ver bien su rostro. Tenía los ojos negros, muy grandes, y unas pestañas tan espesas, que parecían alas de mariposa. La palidez de sus mejillas me llamó la atención. ¿Que tendría, que estaba tan pálido?... Como para inquirirlo, me volví hacia Paz, y entonces ví que el rostro de ella estaba más pálido aún que el del visitante.

Le entregué el regalo, y después de explicarle que mi tía se lo enviaba, me despedí para retirarme; pero entonces Paz me dijo:

—No te vayas, Florita. Siéntate aquí a mi lado; cuéntame algo del Brujito...

Más aquella visita me cohibía, y nada quise contar.

Un silencio solemne reinó en la sala. El hombre bajó la cabeza, y Paz comenzó a acariciar mis manos. Después de aquel prolongado silencio, el hombre levantó los ojos y vió largamente a Paz; pero ésta no alzó los suyos. Entonces él habló y dijo así, con voz temblorosa y apagada:

—Es que yo le he visto...llevando del brazo a esa mujer, a quien presenta como esposa...

—Lo sé, lo sé... dijo Paz con un hilo de voz.

Aquello me pareció tan misterioso y extraño, que juzgué fuera de caso mi presencia en ese sitio. Me levanté resueltamente, deseosa de irme a jugar; pero Paz me cogió fuertemente una mano y me dijo:

—No, Florita, quiero darte un encargo. Espera un poco.

El silencio volvió a reinar. Se hacía de noche. La sala comenzaba a anegarse en sombras. El tic tac del reloj que estaba sobre la mesa, se oía distintamente; parecía un animalillo que andaba...

—Quien engaña, merece ser engañado—murmuró el hombre, sordamente.

Paz no respondió, pero sentí que su mano, fría como granizo, temblaba entre las mías.

—¿Debo, pues, marcharme como siempre?—dijo aquel hombre después de una pausa y en un tono angustioso.

—Sí... como siempre...—respondió Paz casi en secreto.

En ese momento oí que mi hermano me llamaba desde casa.

—Me voy, me voy—dije dando un salto y corriendo hacia la puerta.—Luis me llama...

—No—dijo Paz resueltamente, deteniéndome al vuelo y cogiéndome por la mano.—Te irás después.

El hombre me dirigió una mirada severa, que me hizo recordar el ceño de mi padre cuando nos reprendía por alguna grave falta; y tras un largo silencio, lanzó un suspiro, se apoyó en los brazos del sillón, se irguió violentamente, y se puso en pié.

Paz se levantó también y, teniéndome consigo, le alargó el sombrero que estaba sobre una silla. El lo tomó sin alzar los ojos, le dió algunas vueltas entre las manos, y quedó en pié inmóvil, con la cabeza baja.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

—Es ya muy tarde—le dijo Paz, débilmente.

—Sí, sí—repitió aquel hombre, distraído, como en sueños—; es ya muy tarde... Adiós, Paz—añadió, tendiendo hacia ella la mano y mirándola ansiosamente.

—Adiós... Antonio—dijo Paz con voz muy extraña, dando la mano al desconocido. Adiós...

En seguida, se dirigieron los dos hacia el fin de la sala; el hombre volvió a ver a Paz de un modo que hacía daño, llegó al dintel, salvó el escalón con paso vacilante, y salió. Entonces, Paz cerró la puerta detrás de él.

En ese instante descubrí al gato de la tía Rita, que cruzaba cautelosamente por el corredor. Me lancé tras él para cogerlo, y cuando volvía con

mi suave carga, ví a Paz, en pie junto a la puerta cerrada, con los brazos tendidos hacia la calle y el rostro bañado en lágrimas...

—¡Vecinita, vecinita! ¿Qué te pasa?—le grité, deteniéndome llena de asombro.

Y como vez de responderme, se dejó caer de bruces sobre una silla:

—¡Ven, Brujito!—dije al gato.—Ven tú a contentar a la señora!...

Y con el Brujito en hombros me llegué a donde estaba Paz, le quité las manos de la cara, le puse al gato en los brazos, y luego, suavemente para no molestarla, me recliné sobre ella.

Entonces Paz, abrazada al Brujito y a mí lloró por largo tiempo en aquella silla, hasta que fueron a buscarme de casa para la cena.

En la mesa mi madre habló del regalo que tía Isaura había enviado a Paz.

—¡Pobre mujer!—dijo mi padre.

Yo me caí de cansancio. Tuvieron que llevarme cargada a la cama. Pronto estuve dormida, y entre sueños volví a ver a Paz tal como la había visto esa noche, en pie junto a la puerta, con los brazos tendidos hacia la calle y el rostro en escorzo; y soñé también que le decía:

—Yo quisiera alguna vez ser tan bonita como tú y estar así, con los brazos extendidos y las mangas flotantes...

Pero ella abría los labios y me contestaba con su dulce voz:

—No, no, hijita mía... No lo desees...

MARÍA ENRIQUETA

Madrid.

impresiona a su espíritu esta condición femenina. La popular frase transcrita encierra las principales virtudes de la mujer: la bondad, la resignación, el avenimiento a todas las circunstancias, la tolerancia, la encantadora docilidad. Son los hechizos que nunca se marchitan.

La dulzura va formando la trama de todos esos valores morales en que se funda la vinculación cariñosa, derivada de una armónica convivencia. El amor alimenta generalmente su fuego de la belleza física; el cariño es fruto de la belleza del carácter. La hermosura física es de una rápida fugacidad; un carácter bello perdura hasta la muerte. El hábito destruye en el amor la poesía del primer día. Al remitir la fiebre voluptuosa se abre a la inteligencia un vasto campo crítico. Según la acertada definición de Chamfort, el amor es un comercio borrascoso que casi siempre acaba por una bancarrota. El cariño no quiebra nunca, porque la cualidad moral en que se apoya es permanente. La quimera del amor es la constancia. El cariño es constante sin quimera.

Kadijah, o la perfecta encariñada.—Jamás la mujer—y esto es importantísimo—debe herir al marido en aquello en que cifra su amor propio, sentimiento que suele ser más fuerte que el amor mismo; como que muchas veces se ama por amor propio, más aún que por amor a la persona amada. La mujer ha de tener una fe

constante y espontánea, no simulada, en aquellas aptitudes y cualidades en que el hombre funda su personalidad espiritual.

La primera mujer de Mahoma, Kadijah, ofrece eternamente al mundo femenino un ejemplo histórico de este género de adhesión. Sabido es que el profeta árabe, antes de lanzarse a sus predicaciones, era mayordomo en la granja de Kadijah, viuda de buen ver, aunque le doblaba en años, con la cual se casó. «Ya casado—dice Carlyle en *Los Héroes*—vivió la vida más plácida que pueda imaginarse, queriéndola con inmenso cariño y, a la vez, con respetuoso afecto.»

Inició Mahoma su lucha con los koraitas y sus ídolos. Murió Kadijah y, muchos años después, unióse a Ayesha. Dejemos la palabra al historiador y filósofo inglés. «Nunca olvidó el Profeta a su buena Kadijah. Cierta día, Ayesha, su joven y favorita esposa, que era muy estimada entre los musulimes, le preguntó: «¿no valgo yo más que Kadijah? Ella era viuda, vieja y había perdido todos sus hechizos. ¿No es verdad que me quieres más que quisiste a ella?» Y Mahoma replicó al punto: «¡No, por Alah, no!; la quise como nunca he de querer, porque ella fué la primera en creer en mí cuando nadie me creía.»

El *Alcorán* podrá ser un tejido de sofismas y mentiras;

El cariño y el amor

(Viene de la pág. 152)

pero la respuesta de su autor a la bella Ayesha encierra una verdad eterna; la forma más profunda y duradera de querer a un hombre radica en creer en él, en la virtualidad esencial de su espíritu, en lo que basa su personalidad.

Aunque hemos dicho, pocas líneas antes, que la creencia ha de ser espontánea y no simulada, inútil será advertir que nos referimos a lo fundamental y no a los detalles. Para aclarar el concepto narraré un pequeño episodio. Era yo huésped de un matrimonio amigo en una estancia de los campos argentinos. La señora poseía una inteligencia muy ágil, vivaz y graciosa. Un día me dijo: «Mi marido es un hombre bonísimo, inteligente, gentil, cordial, que me quiere tanto, tanto... como yo a él; lo que equivale a buscar términos de comparación con lo infinito. Es aficionado a la historia natural y presume de conocer como nadie, y conoce—¡vaya, ya lo creo!—la fauna argentina y, muy especialmente—aquí está su amor propio—, las aves noctívagas que vuelan por nuestros campos al morir el día. Paseando a esa hora por nuestro parque de eucaliptos, ha confundido alguna vez el *carancho* (buhu pampero) con la lechuza; porque mi marido nunca tuvo buena vista, excepto cuando me eligió a mí... Bueno...; pues yo nunca le contradigo, porque, además de herir su amor

propio de entendido en aves nocturnas, le molestaría mi advertencia, significándole que tiene malos ojos, y los tiene hermosísimos, aunque ven poco ¿Para qué contradecirle? ¿Para qué herir su amor propio de naturalista? ¿Qué más da que aquello que voló sea lechuza o sea *carancho*? La cuestión es que él sea feliz creyéndose dotado de excelente vista. Y si es dichoso con mi asentimiento ¿por qué negárselo? A veces, él mismo sale de su error, y entonces, enternecido, paga con un abrazo mudo la intención de mi aquiescencia. Y este abrazo de mi marido vale más, mucho más, que toda la fauna, incluso la humana, que puebla la tierra».

A través de la fronda de los eucaliptos filtrábase la luz azul del anochecer. Contemplé conmovido a la dulce dama. He ahí un ejemplo sencillito de tierna adhesión, de cariño inteligente, tesoro afectivo inacabable en el corto tránsito por la vida. Una herida de amor propio tarda mucho en curarse; quizá no cicatriza bien nunca. Queda siempre un sordo resentimiento. Y el resentimiento—la misma palabra lo dice—es el sentimiento más terne, más perenne, de más triste duración. El amor es turbulento y no poco egoísta; el cariño es inteligentemente generoso y guardián de la felicidad cuando ha pasado la llamarada de los sentidos. Triste es la vida si, al término de la arrebatada vibración de la materia, no queda, como en el cielo después de la tormenta primaveral, un Iris

que nos ilumine dulcemente el resto del penoso camino. El cariño es mejor que el amor, como el Iris es mejor que la canícula.

«El matrimonio es como la muerte; pocos llegan a él bien preparados,» nos dice Tomaseo. Ello se debe a que tanto el amor como la muerte son sucesos que se producen en forma inesperada, cuando menos se piensa. El amigo Tomaseo hizo una frase bonita; pero muy objetable. Ni en el matrimonio, ni en la muerte, hay experiencia previa para prepararse. Uno se muere sin saber como, y, después de muerto, parece que ya nadie discurre. Sería necesario que se repitiese la suerte para, con la experiencia adquirida, saber prepararse. En el matrimonio pasa lo mismo; no se ha experimentado; de modo que la preparación es imposible. El mejor preparador es el cariño inteli-

gente en la convivencia. Valiéndonos del bello concepto de Segur, podemos decir que el cariño va formando do las Islas Afortunadas, donde se dan, conjuntamente, los pimpollos, las flores y las frutas.

Gran vencedor de escollos es el cariño. Los santos, «la aristocracia celestial» que dice Eça de Queiroz, fueron casi todos solteros, con lo cual su santidad desmerece un poco por falta de sometimiento a prueba completa. No es bueno para el santo parecerse, aunque sea en una sola cosa, al diablo, que también permanece siempre soltero, si bien con la paradoja inexplicable de los cuernos...

Los que peor preparados llegan al matrimonio son los hombres dedicados a la vida intelectual. El literato, el mismo filósofo, el pintor, el músi-

co, los artistas, en general, son peligrosos, porque su arte y su filosofía están siempre en primer término, antes que la mujer. Además son un poco raros y no poco arbitrarios. Ya lo señaló el espíritu sagaz de Daudet. Los mejor dispuestos para el matrimonio son los políticos; pero no los dogmáticos empecinados, no los caudillos llenos de exaltación, ni los oradores famosos, que son también, como los artistas, un poco peligrosos, sino aquellos que tienen aptitudes de gobernantes. La razón radica en que, siendo el gobierno del Estado una serie de concesiones, llegan bien preparados al matrimonio, que es igualmente otra serie de concesiones. Además saben hacer fortuna, cosa que, generalmente, ignoran los artistas.

Terminemos. Téngase en cuenta que el problema es arduo y

llena todas las bibliotecas del Universo sin que se haya resuelto satisfactoriamente. Sólo insistiré en que el cariño val más que el amor, porque es más sostenible, más durable, más permanente. Lope de Vega, voto de calidad, pues fue un Don Juan efectivo, lleno de devaneos y tormentosas pasiones, nos dice en su comedia *El mayor imposible* estas palabras razonables sobre la exaltación amorosa:

Que muchos que se han casado
Forzados de un amor loco,
Suelen después hallar poco
De lo mucho que han pensado.

¡Cariño, cariño, dulce, sereno y solidísimo sentimiento! En ti reside la dicha duradera. El cariño surge de convivir. El amor nace antes de haber convivido. Con frecuencia perece en la prueba...

(El Sol. Madrid)

la deportación de los anarquistas, y Julio Camba, yendo por un sitio céntrico de Buenos Aires, empezó a gritar: ¡Viva la anarquía! Intervino la policía, y a toda prisa fué deportado a España, donde continuó dedicado al periodismo con éxito cada día creciente, hasta llegar a ser uno de los escritores más populares entre todo género de públicos.

Fué sucesivamente redactor de *El País*, *El Mundo*, *La Correspondencia de España*, *La Tribuna*, *A. B. C.* y *El Sol*. Actualmente continúa escribiendo

El humorismo de Julio Camba

(Viene de la pág. 155)

en este último periódico—el mejor de España—y en *La Nación* de Buenos Aires. Enviado por estos periódicos ha hecho sus viajes por el extranjero. De vez en cuando ha vuelto a España, y tanto de España como de todos los demás países, ha dejado en sus breves artículos un retrato, o una caricatura, si se quiere, que quizás no sea del agrado de los naturales de cada país, que por vanidad,

superficialidad o falta de sentido humorístico preferirían verse retratados en la postura favorecedora y falsamente convencional que se adopta en la galería de un fotógrafo o ante un pintor comercial que hace resaltar nuestras bellezas y disimula nuestras fealdades. Camba desvirtúa al parecer la realidad y exagera ciertos rasgos, como los buenos caricaturistas, para dar el verdadero

y esencial carácter moral de los hombres y de las cosas. Su arte literario, tan original y tan suyo, tiene la misma fuerza de sencillez y de verdad que el arte de dibujante de Bagaría, el más original y profundo de los caricaturistas contemporáneos, y el arte cinematográfico de Chaplin, cuya figura grotesca ha sabido expresar los gestos cómicos en que se resume la risa de la humanidad entera.

FEDERICO DE ONIS

Columbia
University.

En la administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

R. Fernández de Velasco: <i>Los contratos administrativos</i>	13.50
José Vasconcelos: <i>Ideario de acción</i>	1.50
Enrique Gay-Calbó: <i>La América indefensa</i>	2.50
Alberto Guillén: <i>Deucalión</i>	2.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> . (Novelas)	3.00
Santiago Argüello: <i>El alma dolorida de la Patria</i>	3.00
Eduardo Ortega y Gasset: <i>España encadenada. La verdad sobre la Dictadura</i>	3.50
Guillermo Jiménez: <i>La canción de la lluvia</i>	2.50
Narraciones de Venezuela: <i>Las Sábanas de Barinas</i>	4.00
Daniel Mendoza: <i>El Llanero</i> . (Estudio de sociología venezolana)	3.00

Un estante de libros escogidos

Jorge Mañach: <i>Estampas de San Cristóbal</i>	4.00
Alberto Guillén: <i>El Libro de las Parábolas</i>	2.00
Luis Enrique Osorio: <i>El teatro francés contemporáneo</i>	4.25
Rosa Senat: <i>Cómo se enseña la Economía Doméstica</i>	0.75
Rafael Benedito: <i>Cómo se enseña el canto y la música</i>	0.75
Mateo Abril: <i>Mirando vivir</i>	2.80
Alfonso Reyes: <i>Cartones de Madrid</i>	1.00
Rafael Heliodoro Valle: <i>Anfora Sedienta</i>	3.00
Guillermo Jiménez: <i>La de los ojos oblicuos</i>	2.50

Apuleyo: <i>La metamorfosis o El asno de Oro</i>	2.00
M. Fernández de Soto: <i>Ideología política</i>	2.25
Pedro Calamandrei: <i>Demasiados abogados</i>	4.75
R. Saleilles: <i>La posesión de bienes muebles</i>	10.00
J. Stuar Millet: <i>Autobiografía</i>	1.50

Repertorio Americano

Compro y vendo números sueltos y atrasados.
Completo colecciones y las empasto. Precios módicos.
Pida más informes en *La Prensa*, o por el apartado 409, en esta ciudad de San José.

MIGUEL OLIVARES

El Senador King y Haití

Los hermanos Moravia-Marpeau han resultado ser los verdaderos representantes del pueblo haitiano

EL día 13 de los corrientes¹ llegaron a esta ciudad capital los señores Pierre Hudicourt y Pierre Paul, comisionados por la UNION PATRIOTIQUE de Haití para recibir al señor William H. King, senador de los Estados Unidos de América, y acompañarlo a Puerto Príncipe.

El día 14 el I. Ayuntamiento de Santo Domingo declaró huéspedes de honor de la ciudad al Senador King y al comisionado Córdova Dávila. Esta resolución municipal, justa en cuanto al Senador, es inmerecida respecto del comisionado. King defiende nuestros derechos contra los intereses de su país: Córdova Dávila es un adscrito al transaccionismo contra el ideal nacionalista en Puerto Rico. En la medida de su humilde valer, y en nombre del nacionalismo dominicano *del cual es un órgano libre*, PATRIA le quita moralmente esa credencial de las manos al comisionado. El señor Córdova Dávila no puede ser huésped de honor de la ciudad cuna del Nuevo Mundo. Las ejecutorias no se dan si no consagran. Si nombramos huésped de honor al comisionado del actual Puerto Rico en Washington, ¿qué habríamos podido hacer con un Balbás Capó, quien se negó a admitir la nacionalidad norteamericana y abrazó la española como un fortísimo escudo para irse por el mundo a defender la independencia de su tierra?

El senador King había declarado en San Juan de Puerto Rico, después de haber recibido una carta del Cónsul haitiano en que le participaba que su gobierno lo consideraba indeseable y que en consecuencia le prohibía la entrada en Haití, el senador King, decimos, había declarado «que él ignoraría tal aviso oficial, que entraría en Haití de todos modos y que ni aún la fuerza armada le haría desistir de su propósito». «Es natural—añadió,— que el presidente Bornó se encuentre contrariado con mi visita: él está sostenido por los marinos norteamericanos, y si éstos se retirasen, no permanecería en el poder ni cinco minutos». En este punto el senador se equivoca: Bornó no sólo no permanecería ni cinco minutos, sino que se retiraría cinco minutos antes.

Efectivamente, el día 12 de los corrientes, el presidente de Haití había dirigido una comunicación al general

J. S. Hurrill, Jefe de la Gendarmería de Haití, manifestándole «que el gobierno haitiano había decidido prohibir al señor W. H. King el acceso a su territorio; y que él contaba con su energía para hacer tomar todas las medidas necesarias para la completa ejecución de la decisión del gobierno».

El senador King, todavía en San Juan, se dirigió al Departamento de Estado, de Washington, participándole lo que ocurría, y preguntando «si el Departamento aprobaba esta drástica medida del gobierno haitiano, y si permitiría que las fuerzas militares se opusieran a su entrada en Haití.» Le fue contestado «que el gobierno haitiano podía obrar como quisiera en cuestiones de orden interno y que, por tanto, el Departamento de Estado de Washington nada tenía que ver en este asunto.»

El miércoles 16 de los corrientes, a bordo del vapor Catherine, llegó a esta ciudad de Santo Domingo el senador King. Nuestras playas le recibieron con abrazo amoroso, y nuestros caracoles pregonaron su nombre como defensor de Quisqueya. Fueron a recibirle los delegados de la UNION PATRIOTIQUE y comisiones de las Cámaras, I. Ayuntamiento y Comité Nacionalista. ¡Santo Dios! Entre esas comisiones figuraban algunos dominicanos del grupo de los que han medrado con la Ocupación Militar y sus consecuencias.

Instalado ya en el hotel Fausto, el senador King celebró una entrevista con los delegados haitianos, y éstos le aconsejaron que «en vista del estado de conciencia reinante en Haití y del engreimiento del gobierno haitiano, y para evitar que su actitud pudiese redundar en perjuicio de sus amigos haitianos, desistiese de su viaje».

El senador King se plegó al consejo de los delegados haitianos y desistió de su resolución de ir a Haití. A causa de ello, dos ciudadanos haitianos, los hermanos Moravia-Morpeau, le dirigie-

ron al senador King, en fecha 16 de los corrientes, una hermosa Carta Pública, reprochándole su cambio de parecer, debido a las sugerencias de los delegados haitianos. «La farsa es bella—le dicen;—vuestro viejo amigo Hudicourt os propuso lo que vos deseábais».

La renuncia del senador King a su viaje a Haití es, en efecto, lamentable. Su actitud se ha convertido en la de un *politician*. Con ella, Haití ha perdido una espléndida ocasión y Bornó aprovechará la de aparecer como ganador de una victoria. A punto de solucionarse, el problema haitiano ha caído de nuevo al abismo del futuro, por la falta de carácter del senador King y de los delegados haitianos. Una chispa habría bastado acaso para producir el incendio. La solución del problema parecía inminente, si el senador King, representante del derecho de los pueblos débiles, era aprehendido o por lo menos rechazado en la frontera haitiana. Es una pequeña herida la que, trabajando luego, hace sucumbir a los más forzudos gigantes. Hay en la puerta de San Ibo, en la catedral de Barcelona, un bajo-relieve en que el orgulloso caballero Vilardel cae, envenenado por una sola gota de sangre del dragón.

En el ambiente de América caldeado por los atropellos a Nicaragua y las amenazas a México, el atropello al senador King habría herido de muerte en Haití al imperialismo americano. José Ramón López dijo, y fué verdad, que el imperialismo había sido herido de muerte cuando yo me negué a defenderme ante la Comisión Militar designada para juzgarme.

En cuanto a los delegados de la UNION PATRIOTIQUE, ellos no se han mostrado a la altura de las circunstancias, que es lo único a la vez, fácil y difícil en la vida. Los verdaderos representantes del pueblo haitiano han sido los hermanos Moravia-Morpeau.

No es posible terminar sin decirle al senador King que no es verdad «que el caso de Santo Domingo haya sido *afortunadamente* resuelto», como lo ha asegurado un periódico local. No. La solución del caso dominicano no ha sido afortunada sino para los Estados Unidos. La República Dominicana está bajo un régimen de protectorado. Un empleado del gobierno yanqui recauda todas las rentas; una nueva Convención nos ha sido impuesta; un nuevo empréstito nos ha esclavizado a los Estados Unidos y el National City Bank se prepara a tragarse nuestras riquezas naturales como se ha tragado las de Cuba y Puerto Rico.

AMÉRICO LUGO

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Órgano del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

Varios: *La Escuela de «Las Rocas»*, 2.25

(Patria, Sto. Domingo, R. D.)

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica

¹ Marzo de 1927.